



DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

POR

M. MARIUS MICHEL



no de los asuntos que más han llamado la atención de los pensadores de todas las épocas, obligándoles á muy serias investigaciones, es, sin duda alguna, el origen del lenguaje.

Teólogos, filósofos, literatos, gramáticos, todos han querido explorar un campo sometido á indagaciones científicas, y al cual el nuevo desarrollo de la filología acaba de dar cierta actualidad, justamente cuando parecía ya agotado.

Los gramáticos han querido sustituir los hechos á las hipótesis de los filósofos, pero faltos de habilidad para generalizar y deducir leyes, no han visto la cuestión más que por un lado.

Para estudiarla bien, hay que unir á la vez la "preocupación de los hechos con la de las ideas generales," y explicar mutuamente unas por otras. M. Paul Regnaud, en una Memoria (1), que ha obtenido honrosa re-

(1) *Origine et philosophie du langage, ou principes de linguistique indo-européenne*, par Paul Regnaud, professeur á la Faculté des Lettres de Lyon, (XIX-443 páginas.—Librería Fischbacher, calle de Seine, n. 33, París).

compensa académica, ha intentado hacerlo, y el verdadero talento con que ha estudiado científicamente este problema le ha permitido resolverlo, tal vez de un modo absoluto, proponiendo una solución justificada por la ciencia gramatical, la historia y la razón.

Para M. Regnaud, "el lenguaje es un organismo que, como tal, tiene, ante todo, su propio desarrollo en sí mismo. Sometido á influencias exteriores, como todo lo está aquí abajo, sin dejar por eso de tener resortes particulares y, por consiguiente, historia propia y porvenir especialmente acondicionado á lo pasado. Habiendo nacido, como todo lo que nace, independientemente de la voluntad del hombre, comparte las condiciones de origen y desarrollo."

Examinemos pues, con este sabio, las doctrinas y teorías sobre el origen del lenguaje; veremos luego si no sería posible una teoría nueva y más racional. Cuatro doctrinas ó teorías son las más seguidas en la actualidad:

- 1.º La del origen revelado y divino del lenguaje;
- 2.º La de ser el lenguaje innato en el hombre;
- 3.º La que lo considera como creación artificial ó invención del hombre;
- 4.º En fin, la del origen natural.

I. La hipótesis según la cual Dios hubiera revelado el lenguaje al hombre, proviene del *Génesis* (II, 19-20) y ha sido sostenida por casi todos los teólogos. En el mismo siglo décimooctavo, el abate *Sicard*, en su *Gramática general*, supone que el organismo del lenguaje ha existido en todo tiempo con el inmenso material de palabras y sabias combinaciones que presenta en las lenguas cultivadas, "sin considerar la pobreza del vocabulario y de la gramática de los pueblos salvajes, y por otro lado, haciendo caso omiso de los medios demasíadamente visibles con que han llegado gradualmente á la riqueza y perfección relativa que admiramos en las lenguas de las naciones civilizadas," (1).

(1) P. Regnaud, *Origine et philosophie du langage*, p. 6.

El estudio de las lenguas nos permite probar que las palabras y formas se han desarrollado como las demás producciones de la naturaleza que nacen y crecen sin intervención directa del poder divino; el profesor escocés Blair, por más partidario que sea del origen revelado del lenguaje, no deja de decir: "admitiendo que el lenguaje es de origen divino, no se puede suponer que haya recibido el hombre á la vez un sistema perfecto en este género. Es mucho más probable que Dios no enseñase á nuestros primeros padres más que el lenguaje que podía convenir á su situación y dejara á los hombres el perfeccionarlo y enriquecerlo á medida que sintiesen necesidad de ello: así es como ha querido bajo otros conceptos que se desarrollasen nuestras facultades por sí mismas," (1).

De Bonald, en su *Legislación primitiva*, ha rejuvenecido esta teoría de la institución divina del lenguaje, diciendo que "la palabra es la expresión natural del pensamiento, necesaria no tan sólo para comunicar su conocimiento á los demás, sino para tenerlo por sí mismo, á lo cual se llama tener *conciencia* de sus pensamientos..... Necesario es que el hombre piense las palabras antes de hablar el pensamiento, lo que quiere decir que es menester que sepa el hombre la palabra antes de hablar: proposición evidente que excluye toda idea de invención de la palabra por el hombre." Este lenguaje hierático significa probablemente, según cree M. Regnaud, que es preciso que se presente desde luego el pensamiento al espíritu bajo forma inseparable de la de la palabra correspondiente.

De Maistre, en las *Soirées de Saint-Pétersbourg* (I, 120), afirma que las *lenguas* han principiado, pero la *palabra* jamás, ni aun antes del hombre: "Lo uno ha precedido inmediatamente á lo otro; porque la *palabra* no es posible más que por el verbo."

(1) Hugues Blair, *Cours de rhétorique et de belles-lettres*, t. I, p. 113, de la traducción. P. Prévost.

En nuestros días, *Max Müller* es de la opinión de Maistre, esto es, que es menester "que el hombre piense la palabra antes de hablar el pensamiento," y sienta como axioma el principio: "Sin razón no hay lenguaje, sin lenguaje no hay razón.", *Rousseau*, en su *Discours sur l'inégalité*, había dicho ya: "Si los hombres tuvieron necesidad de la palabra para aprender á pensar, mucho más preciso les fué todavía el saber pensar para hallar el arte de la palabra.,"

Otros filólogos contemporáneos afirman que el lenguaje es el punto de partida del pensamiento humano, que él ha dado nacimiento al pensamiento y que no es el pensamiento el que lo ha producido; no notan que en el niño la inteligencia es anterior al lenguaje y que no es la palabra la que ha engendrado á la inteligencia (1).

Pero antes debemos fijar qué es lo que aquí significa la palabra *pensamiento*.

Si con ella significamos la noción distinta de las cosas que caen bajo nuestros sentidos, no se puede sostener que no haya pensamiento sin palabra: antes de hablar, reconoce el niño á su madre; el sordo mudo conoce, por lo menos en el dominio de las cosas materiales, todo lo que conocen los demás hombres: hasta el perro sabe distinguir su nombre y á su dueño de entre otras cosas. La objeción no sería verdadera más que si por *pensamiento* se entendiera solamente la facultad de abstraer y generalizar. Pero ¿quién no ve que este caso limita de singular manera el campo de la observación?

Sin embargo, teólogos ha habido que combatieron la teoría del origen revelado del lenguaje.

San Basilio y *San Gregorio Niseno* atribuyen la invención del lenguaje á las facultades que Dios ha dado al hombre y admiten que, si "la facultad de hablar es obra de Él que ha formado nuestra naturaleza, la invención de las palabras para nombrar á cada objeto es obra de

(1) Preyer, *L'Áme de l'enfant*, pág. 314.

nuestro espíritu (1).» Tan ilustres pensadores manifestaron la lenta multiplicación de las palabras y formas del lenguaje cuyo desarrollo se asimila al de todas las producciones de la naturaleza, las cuales vemos nacer y crecer sin intervención directa de la Providencia.

Por tanto, solamente desnaturalizando el sentido de la Biblia se puede invocar su autoridad en apoyo de la teoría del origen revelado del lenguaje, puesto que ya en la antigüedad se había reconocido el origen y desarrollo natural. Inútil es añadir que los filósofos del siglo XVIII lo proclamaron ostensiblemente, y en nuestros días, Maine de Biran, J. Grimm, M. Renan, M. Egger, están unánimes en reconocer que, "si se dice que en el principio de las cosas, Dios incluyó el lenguaje en la serie infinita de efectos cuya causa disponía, y por esto mismo es de divina institución, como lo es todo aquí abajo, se emite una proposición que la razón puede admitir sin escrúpulo; pero si parece tan compatible con la lógica una proposición de este género, asimismo es inadmisibile la idea de una intervención especial del Creador, en el sentido que le atribuye la escuela teológica, bajo el doble punto de vista de la lingüística y de la filosofía,, (2).

Efectivamente, además de que no se trata en el *Génesis* más que de cierta clase de palabras y aun del lenguaje en general, no siendo posible explicar así la formación de la gramática, el hombre es quien nombra y obra con sus propias fuerzas bajo la presidencia de Dios; de modo que no se puede admitir la entera creación del vocabulario, conforme lo entienden ciertos críticos. Véase si no cómo nacen, se transforman y mueren las palabras para probar la parte que corresponde á la actividad humana en estos fenómenos lingüísticos.

II. El hombre está constituído física y moralmente

(1) Citados por Max Müller en *La Science du langage*, pág. 36, nota 2, trad. Harris et Perrot.

(2) P. Regnaud, obra citada, pág. 12.

para hablar, luego debía *hablar* y *habló*, efectivamente, en *todo tiempo*. Tal es el resumen de esta opinión.

Según Humboldt, "no es el lenguaje cosa exterior, accidental, que no sea necesaria al pensamiento del hombre, habiendo sido imaginada tan sólo para facilitar relaciones y mantener la comunicación de los individuos entre sí; más, por el contrario, es cosa íntima, esencial á la inteligencia, inseparable al pensamiento é indispensable para el desarrollo de las fuerzas, de las facultades intelectuales, por la precisión y claridad de las ideas y el conocimiento distinto del mundo exterior," (1).

Según Heyse (2), la facultad de dar expresión articulada á los conceptos de la razón es un instinto mental tan irresistible como cualquier otro.

El lenguaje no ha sido creado con designio premeditado, dice otro (3), pues nace en el alma á cierto grado del desarrollo de la vida psicológica, de un modo necesario y, por decirlo así, ciego. La intuición de una cosa—de la blancura, por ejemplo,—comprende siempre esta cosa en un estado accidental y de una manera general; y sin embargo, la palabra que revela dicha intuición es más extensa que la idea: la palabra *blanco* no expresa solamente un carácter de la nieve, sino una cualidad de todas las cosas blancas; su significado es, por lo tanto, más indeterminado y abstracto que el de la nieve blanca..... El lenguaje no ha aparecido, pues, en época determinada de la historia, así como las invenciones del espíritu humano; *nace en el momento en que se habla*; siendo su esencia el nacer eternamente..... El hombre más sabio no tiene conciencia de los mecanismos que producen su palabra al hablar, pues estos mecanismos obran en él sin cooperación reflexiva, del mismo modo que obran en el niño y como debieron obrar en los hom-

(1) Tonnelé, *Analyse du traité "De la diversité dans la constitution des langues,"* de G. de Humboldt.

(2) Heyse, *System der Sprachwissenschaft* (1856).

(3) Steinthal, *Der Ursprung der Sprache*.

bres primitivos..... Todos los movimientos del alma tenían eco en el cuerpo, y sobre todo, en los órganos de la respiración y de la voz.....; cada intuición despertaba en el hombre primitivo un acento ó sonido.....; el sonido que acompañaba á una intuición se asociaba en el alma con ella misma, tan bien, que en virtud de la ley de la asociación de las ideas, el sonido llegó á ser un punto de unión entre la imágen obtenida por la visión y la imagen conservada en la memoria, adquiriendo así significado y transformándole en elemento del lenguaje.

M. Renan considera el lenguaje como formado de una vez, y salido del genio de cada raza; no hay que imaginar un primer estado en que no hablase el hombre, seguido de otro en que conquistara el uso de la palabra: "El hombre habla naturalmente; y tan poco filosófico es asignar un principio *expreso* al lenguaje, como suponerlo en el pensamiento., Es el lenguaje el espontáneo producto de esa forma viva que revelan las facultades humanas. M. Renan no supone que pueda tan solo pensarse que haya adquirido sucesivamente el hombre sus diferentes facultades. Esta opinión, según se ha notado (1), no está muy lejos de la teoría de la revelación del lenguaje, y á pesar de la repugnancia que el ilustre escritor ha manifestado siempre por las explicaciones fundadas en lo sobrenatural, implica milagro. Sin embargo, veremos en este estudio que M. Renan admite la creación del lenguaje por onomatopeya. Sin duda alguna, no ha habido producción espontánea en las palabras que hemos formado de los gritos de los animales, pero no se ve bien cómo puede conciliar la teoría sobre la onomatopeya con sus ideas acerca de la espontaneidad del lenguaje, y hasta admite la acción de hombres distinguidos que han ejercido cierta autoridad á su alrededor, siendo capaces de imponer á los demás lo que ellos creían mejor. Tal vez se verificara esto en el transcurso del tiempo y respecto al desarrollo científico

(1) Rabier, *Leçons de philosophie*, I, 598.

de las lenguas, lo cual nada tiene que ver con el origen del lenguaje.

Max Müller huye también de todo género de afirmación positiva con frases bastante oscuras, v. gr.: "Por más que pretendan ciertos sabios que el origen del lenguaje se pierde en el caos, en esto, como en todo género de investigación física, hemos de trazar una línea que separe al *caos* del *cosmos* (el orden);, pero se guarda muy bien de trazar dicha línea de modo que se pueda entender si es ó no partidario de la inneidad del lenguaje.

Resumamos, con M. Regnaud, lo que hay que pensar acerca de la inneidad del lenguaje: "Imposible es conformar con las leyes de la naturaleza, tales como las conocemos, la brusca aparición del hombre sobre la tierra, dotado de todas las facultades de que goza en los tiempos históricos;..... la observación razonada indica que, en esto como en todo lo que vive, ha habido *evolución*, ó, si se quiere, nacimiento, infancia y madurez más ó menos completa., Hubo, pues, un período rudimentario en que el lenguaje no era más que un intermedio entre el grito primitivo y la articulación. "Habiendo nacido, como todo lo que nace, independientemente de la voluntad del hombre, el lenguaje comparte con él las condiciones de origen y desarrollo,, (1).

III. La teoría de la invención del lenguaje, es decir, la que lo considera como un arte cuyo principio y perfección son el resultado de la voluntad y esfuerzos reflexivos del hombre, fué sostenida especialmente á mediados del siglo XVIII.

Los enciclopedistas lo consideraban como una creación artificial, invención del hombre, el cual habría imaginado la palabra un día del mismo modo que lo hizo con las artes útiles y agradables (2).

(1) Regnaud, *Origine du langage*, pág. 27.

(2) Renan, *Origine du langage*, pág. 77.

Maupertuis (1) supone que si él hubiese perdido el recuerdo de todas las percepciones que había podido tener, y se hallara de repente ante objetos que le recordasen dichas percepciones, las distinguiría al momento por algunas señales, y aunque hubiese olvidado su lenguaje anterior á esta catalepsia intelectual, designaría con nuevos términos, tan sencillos como *A* ó *B*, si se quiere, lo que antes llamaba *arbol* ó *caballo*, sirviéndose desde entonces de esos mismos términos.

Á pesar de Maine de Biran, que sostiene esta teoría (2), Turgot hace resaltar con razón el ridículo á que se presta. Puede muy bien un sabio, en verdad, formar una lengua para fijar sus ideas y darse cuenta de ellas; mas en el estado prehistórico, el hombre no gozaba, sin duda, con plenitud de las facultades actuales de percibir y razonar. No se imaginan esto los filósofos del décimo octavo siglo, pues cuando nos hablan del hombre primitivo no piensan más que en el hombre moderno con su rico tesoro de facultades armoniosamente desarrolladas.

Es probable que Maupertuis no pensara más que en el establecimiento de las reglas propias para constituir racionalmente la ciencia de los signos. Esto no tiene nada que ver con la cuestión del origen del lenguaje. "Hay, efectivamente, entre ésta y aquélla la misma distancia que separa á las creaciones de la naturaleza de las operaciones del espíritu."

Otros, y con ellos Condillac, se han aproximado á la opinión antigua, y pensaron que el lenguaje se manifestaba al principio, ya sea en los gestos, ya en los gritos naturales que le han precedido. Estos gritos, desde luego, sin significación y puramente instintivos, fueron empleados más tarde para expresar el pensamiento y necesidades; después fueron repetidos con reflexión en idénticas circunstancias á las que les hicieron brotar espontáneamente. Sucedióles luego el lenguaje articulado, y

(1) *Réflexions philosophiques sur l'origine des langues* (1745) 8.

(2) *Œuvres philosophiques*, II, 323.

por fin, el uso de sonidos articulados llegó á ser tan fácil, y aun algunas veces tan necesario, que prevaleció; la palabra reemplazaba forzosamente al gesto en la oscuridad, á distancia, y el gesto podía ayudarle á menudo para deshacer ambigüedades y equívocos (1).

Se ve que "Condillac razona como si ese desarrollo resultara de un propósito deliberado y reflexivo del hombre, bien que en sus principios sea la parte de la naturaleza mucho mayor que la de la razón," (2).

Más tarde, la necesidad de las comunicaciones y las leyes de la sociedad obligaron á los hombres á inventar palabras á medida que se hallaron nuevas cosas. La transformación de los signos naturales é instintivos en signos voluntarios, lejos de estar fuera del alcance del hombre, es precisamente el atributo característico de su naturaleza activa é inteligente (3).

Maine de Biran reproduce así con más fuerza la teoría de Condillac, insistiendo principalmente sobre la parte precoz de la intención consciente y reflexiva del hombre desde los principios del lenguaje. Nos lo muestra en la cuna, en el origen de la familia humana, sirviéndose de una lengua primitiva que entiende y es entendida y repetida por sus parientes, cuya voz é inflexiones imita luego (4). "Concebimos así cómo puede comenzar á nacer el lenguaje en una familia ó pequeña sociedad, por más informe ó imperfecta que se le suponga."

En todo esto hay una cuestión que no está dilucidada: El gesto ¿ha precedido á la palabra ó le ha acompañado solamente? Es decir, el lenguaje de acción ¿ha sido, ó no, anterior al lenguaje hablado?

Notemos que el gesto no puede designar absolutamente las cualidades de las cosas: la solidez, la liquidez, etc., ó por lo menos, no puede hacerlo más que de

(1) Condillac, *Essai sur l'origine des connaissances humaines*.

(2) P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 36.

(3) M. de Biran, *Œuvres inédites*, III, 261.

(4) Biran, *Œuvres inédites*, III, 259.

una manera vaga y oscura. No ha podido más que acompañar la palabra mostrando el objeto presente, como hace el niño que extiende el dedo hacia lo que designa ó quiere indicar (1). «El lenguaje de acción, como conscientemente significativo y, por lo tanto, medio de comunicación entre los hombres, no pudiendo ser más que imitativo y no siendo susceptibles de ser imitadas por él las concepciones primitivas del hombre, no pudo desarrollarse antes de la lengua hablada (2).

Se puede decir, en cierto modo, con Mayne de Biran, que el hombre ha transformado los gritos naturales en signos voluntarios del pensamiento, á condición que no se quiera decir que esta transformación implica una observación de sí mismo, un acto reflexivo posible, psicológicamente, tan sólo con el lenguaje articulado.

En una palabra, para Mayne de Biran, así como para Condillac, nota M. Regnaud, “el principio mismo del lenguaje es puramente *instintivo* y natural, y la invención, ó mejor dicho, la intervención humana, no es más que un hecho posterior que suponen, por lo demás, sin explicarlo ni dar á ver con claridad las condiciones y resortes.....; le atribuyen un papel demasiado importante.” (pág. 43.)

Hasta en nuestros días ha sido sostenida enérgicamente esta teoría, y se ha querido hacer derivar el origen de la comunicación oral del pensamiento del grito inarticulado del niño en su primera edad, repetido luego conscientemente (3).

Si la gramática de una lengua traduce exteriormente las leyes necesarias de la lógica, y por consiguiente puede considerarse como expresión espontánea del pensamiento en acto, no sucede lo mismo con el voca-

(1) Á nadie se le ocurrirá, para afirmar lo que aquí decimos, el pensar en el lenguaje mimográfico de los sordo-mudos, pues es un lenguaje de sabia convención.

(2) Regnaud, obra citada, pág. 41.

(3) M. A. Lemoine, *De la phisionomie et de la parole* (1865).

bulario que se forma poco á poco por adiciones sucesivas, y cuyas palabras todas han sido creadas por una *voluntad expresa* y adoptadas desde su nacimiento por la sociedad entera.

Y al decir "voluntad expresa," no se entienda que la generalización y la abstracción han creado las palabras por modo instintivo y espontáneo, lo cual no puede admitirse como cierto más que en las épocas en que la organización social estaba muy avanzada, y la reflexión era intensa.

Citemos, para recordarlos, á Harris (1), Adam Smith, Monboddo, Volney, Hourwitz y Charma, para quienes todo lenguaje se ha formado convencionalmente, y es una conquista que la sociedad ha realizado por medio de la reflexión y el trabajo.

IV. Para algunos filósofos antiguos como Epicuro y Proclo, el hombre ha hablado del mismo modo que ha tosido, gemido y comido; la reflexión no tiene nada que ver en la imposición de los nombres que se deben á la inspiración de la naturaleza.

Esto es lo que Lucrecio (2), en su elocuente pintura del mundo prehistórico, en donde cierta reminiscencia genial le impulsa á escribir en hermosos versos las miserias del hombre primitivo, y Horacio, Manilio, Vitruvio y Diodoro de Sicilia expresaron diciendo que la Naturaleza obligó á los hombres á emitir sonidos diversos, y que la necesidad y relaciones les dieron nombres para los objetos, así como los animales, aunque privados del don de la palabra, pueden emitir diferentes gritos, los hombres lanzaron á la ventura sonidos más ó menos ar-

(1) Harris, *Hermés ou Recherches philosophiques sur la grammaire universelle* (1753).—Ad. Smith, *Considérations sur l'origine de la formation des langues* (1759).—Monboddo, *Dissertation sur le progres et l'origine du l'angage* (1774-1796).—Volney, *Discours sur l'étude philosophique des langues*.—Hourwitz, *Origine des langues* (1807).—Charma, *Essais sur le langage* (1846).

(2) Lucrecio, *De Natura*, V. 1026-1088.—Horacio, *Sat.*, I, 3, 99-103.—Manilio, *Astronomica*, I, 83.—Vitruvio, *De architectura*, II, 1.—Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, I, 8.

ticulados, y emplearon esos mismos sonidos en significar ciertas cosas y en hablarse recíprocamente; afirman la analogía fundamental de los medios de expresión en el hombre y en los animales y el desarrollo gradual y lento del lenguaje físico por los esfuerzos del hombre y la elaboración de las generaciones sucesivas (1).

J. J. Rousseau, no sin confesar (2) que se inspira en Condillac y decir en una nota (3) que "tendrá mucho cuidado con meterse en las reflexiones filosóficas que se pueden hacer sobre las ventajas é inconvenientes de esta institución de las lenguas," y pareciendo, al citar á Vossio, preferir la condición de los animales, que expresan mejor (?) que nadie sus sentimientos y pensamientos (!), se acerca al sentir de los antiguos y confiesa que el primer lenguaje del hombre, el más universal, es el grito de la naturaleza arrancado por cierto instinto en ocasiones críticas: las inflexiones diversas de este grito se multiplicaron poco á poco, acompañaron los gritos que reemplazaban con ventaja, puesto que la oscuridad ó interposición de un cuerpo los hacía inútiles.

J. Grimm repele la teoría de la revelación y la del lenguaje innato; pero ¿ve en el lenguaje el resultado de un desarrollo espontáneo ó instintivo? Sin duda alguna presenta de intento sus declaraciones con cierta oscuridad, á fin de ocultar la poca solidez de la tesis.

En una Memoria acerca de la importancia del lenguaje para la historia natural del hombre, Schleider admite que el desarrollo del lenguaje ha sido paralelo al desarrollo del cerebro y órganos de la palabra. ¿En qué pudieron modelarse, pues, los esfuerzos del hombre para expresar por el sonido sus sentimientos, necesidades y pensamientos?

El origen natural del lenguaje se basó, según ciertos filósofos y lingüistas, en gritos de animales y en ruidos

(1) Zaborowski, *Origine du langage*, pág. 11.

(2) *Discours sur l'origine de l'inégalité*.

(3) Nota 13.

de la naturaleza; es decir, que las palabras primitivas fueron *onomatopeyas*, ya sea repitiendo pura y sencillamente el ruido propio del objeto designado, ó bien resultando "de cierta adaptación de la tonalidad de la palabra creada á la idea que expresa," y designando los objetos deleitosos con tonos agradables, y los objetos fastidiosos con tonos agudos y rudos: en una palabra, imitando ó procurando imitar por medio de sonidos.

Así, pues, la letra *r* sería el instrumento propio para expresar todo género de movimiento, v. gr.: *Ródano, Rin, roer, arroyo, río, romper, rodar*, etc. (1); ¿y por qué? porque esta letra *r* obliga la lengua á moverse y á vibrar con más rapidez. Del mismo modo la *l*, en cuya articulación la lengua resbala fácilmente, entra en los vocablos *deslizar, lucir, liar, gluten*, presentándose en este último la *g*, la cual, paralizando el movimiento de la lengua, sirve, unida á la *l*, para imitar cosas viscosas, dulces ó glutinosas (en griego *glischron, glukus, gloiodès*). Lo firme y lo fijo se designan con el grupo *st*, v. gr.: *estabilidad, estancado, estúpido, estuco, estructura, estatua, estéril*, porque siendo los dientes los más inmóviles de los seis órganos de la voz, la dental más firme *t*, fué empleada automáticamente para designar la fijeza, así para expresar lo *hueco* y la *cavidad* se emplea la *k* ó la *c*, letras de *garganta*, el más *hueco* y *cóncavo* de los susodichos órganos de la voz (2). Inútil es insistir en estas teorías de alta fantasía, adoptadas, no obstante, para su lengua por Platón (3), Aristóteles, Varrón, Dionisio el Tracio, Quintiliano y por la mayor parte de los antiguos, renovadas luego por los modernos Leibnitz en sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, el presidente de Brosses en su *Tratado de la formación mecánica*

(1) Los lectores que quisieren ejemplos sacados de otras lenguas, pueden consultar la obra de M. Regnaud.

(2) De Brosses, *Traité de la formation mécanique des langues*, ch. VI.

(3) Platón, *Cratilo*.—Aristóteles, *Retórica*.—Varrón, *De lingua latina*. (Véase pág. 69).—Quintiliano, *Institución oratoria*, I, 5, etc.

de las lenguas, Court de Gébelin en el *Mundo primitivo*, y Condillac, Herder y Charles Nodier.

M. Renan, que llama poéticamente al lenguaje "eco de la naturaleza en la conciencia humana," é insiste sobre la evidencia de la formación por onomatopeya en las lenguas semíticas, y en particular en el hebreo, combina las ideas de Brosses con las de Herder. Reconoce, sin embargo, que es peligroso el sistema que une esencialmente la palabra al sentido.

M. Burggraff, en sus *Principios de Gramática general*, procura dar á conocer, por medio de la onomatopeya, el desarrollo científico del lenguaje. Expone con mucho talento su idea, pero el razonamiento descansa en puras hipótesis, que no puede menos de dar como tales, puesto que no están confirmadas por ningún hecho positivo.

M. Whitney, en sus libros *Estudio del lenguaje y Vida del lenguaje*, es partidario de las teorías que atribuyen el origen del lenguaje á la onomatopeya y á la interjección. M. Wedgwood y W. Farrar piensan lo mismo.

Citemos todavía á M. Chavée con su *Ideología lexicológica*; á Tylor y su *Civilización primitiva*; el tratado *Origen del lenguaje*, de Zaborowski; la *Palabra interior*, de M. Egger; á Hermann Paul y sus *Principios de lingüística*; á Mikch y su Memoria sobre *la idea y la raíz*, resumiendo con M. Rabier (1) la teoría del origen del lenguaje fundada sobre la onomatopeya en la forma sumaria que él ha dado á las conclusiones que se desprenden de ella: 1.º, empleo tradicional de un grito que era desde luego un simple signo natural; 2.º, paso del empleo de un signo particular á la idea del signo en general; 3.º, reproducción é imitación de las interjecciones espontáneas y de *todos los sonidos exteriores* para designar á los objetos interiores ó exteriores, causas de esas interjecciones ó de esos sonidos; 4.º, extensión del sonido de las palabras así formadas á otros objetos por vía

(1) Rabier, *Leçons de philosophie*, 1884, I, 609.

de aplicación analógica, de donde resulta al mismo tiempo la diversificación de las palabras. Tales son los cuatro estadios sucesivos y las cuatro operaciones esenciales que se pueden distinguir en la creación del lenguaje.

Á pesar del numero y autoridad de los sabios que se han pronunciado en favor de la teoría de la onomatopeya origen del lenguaje, M. Regnaud es de la opinión contraria de Max Müller, y dice (1): "Pues, ó bien era el hombre absolutamente mudo en época anterior al lenguaje articulado, por más que estuviese provisto de los órganos de la voz, siendo por esto mismo inferior á los animales cuya forma se aproxima más á la suya, ó bien, contra toda verosimilitud, formó un día su rudimentario lenguaje, susceptible de progreso y transformación natural con sonidos articulados, pudiendo constituirse en verdadero lenguaje acentos adquiridos que habrían sido los gérmenes de su futuro vocabulario." En este último caso, el hombre primitivo hubiera aprendido en la escuela de los animales los elementos de la ciencia que habían de establecer entre él y ellos clarísima línea de separación, y todavía no habría podido hacerlo más que en época relativamente reciente, y cuando los instrumentos de la voz humana gozaban ya de suficiente facilidad. "Cuando fué posible la onomatopeya como causa inicial del lenguaje, éste existía ya; por lo tanto, no podía menos de enriquecerlo." Posible es que el hombre tratase de remedar los sonidos que oía, pero este procedimiento no es primitivo é implica voluntad de nombrar las cosas, voluntad posterior y no anterior al lenguaje. *Tic-tac, cuco*, son formaciones artificiales, reflexionadas y no primitivas; si no, ¿por qué no se nombraron todos los objetos ruidosos ó todos los seres, imitando al sonido ó grito peculiar á cada uno de ellos? ¿Por qué se dice *caballo, caballus, hippos, equus* ó *açvas* (el rápido), y no *houynhyuhym*, para imitar el relincho, como lo hace por

(1) *Origine du langage*, p. 105.

diversión Swift en los *Viajes de Gulliver*? Esto recuerda la curiosidad de un niño, á quien se le decía que al *chorlito* se le llamaba así á causa de que grita *churlé*, y que luego preguntaba si la becada gritaba: *¡becada!* Se designó lo que corre y lo que vuela antes de llegar á los nombres de caballo, perro, pájaro. ¿De dónde se sacarían los nombres de los seres mudos? (1). Sin duda el ruido ocasionado por una rotura lleva consigo diversos matices sonoros, pero en las diferentes lenguas hay diferencias en el modo de representar este ruido. ¿Dirase que se siente el ruido de *ahondar* en el *sk* de *skaptô* (cavar), el de dureza en *cal*, de *callosidad*, el de inserción, entre otros dos, en *trans*, *intra*, *entre*, *á través*? “Si en ciertos sonidos de nuestros idiomas creemos oír á veces una imitación de los sonidos de la naturaleza, debiéramos acordarnos que los mismos ruidos están representados en otras lenguas con otros sonidos diferentes, en los que los pueblos extranjeros creen sentir asimismo onomatopeyas; de manera que sería más verdadero decir que oímos los ruidos de la naturaleza á través de las palabras á que hemos acostumbrado el oído desde la infancia,” (2). “Comenzaron las lenguas por epítetos demostrativos y genéricos, que no tenían nada que ver con el grito ó ruido de cosas ó seres particulares.....”

La etimología refirió generalmente los sustantivos á antiguos adjetivos, y nada positivo autoriza á creer que un adjetivo que exprese *apacibilidad* haya podido derivar de un sustantivo que signifique *cordero* (3).

(1) Nótese que la misma raíz *bahz*, que significa *gritar* ó *hablar*, se halla en el sanscrito *brahman*, plegaria, en el griego *ebrachon*, gritar, *bruchô*, rugir, *blêchomai*, balar, en el inglés *bark*, ladrar. Hay que concluir de ello, que «lejos de designar el grito de cada animal por una onomatopeya, nuestros antepasados emplearon un término genérico como designando un grito cualquiera, y sin relación con él.»— Añádase á las voces citadas en esta nota el vocablo castellano *bramar*. (Nota del traductor.)

(2) M. Bréal, *Melanges de mythologie et de linguistique*, p. 41. *Les racines indo-européennes*.

(3) P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 110 et 117.

Otros filólogos han pretendido que las palabras raíces habían salido, como salen los motes y los términos de jerga, de alguna semejanza de sonidos ó aproximaciones debidas á la asociación de ideas de cuyo origen verdadero es difícil acordarse ó bien descubrirlo.

Mas, notemos que esta teoría supone ya en el hombre un desarrollo de facultades imposible de admitir al principio; en suma, estas palabras son más bien que nuevas creaciones, modificaciones de términos existentes ya, según ciertos procedimientos muy complejos, y no puede admitirse, por ejemplo, que para designar la cabeza haya podido obedecer el hombre primitivo á una asociación de ideas como lo hace el chusco que la llama su *sorbona* (1).

“En resumen, la imitación de los sonidos de la naturaleza, bajo todas las formas, no puede ser considerada más que como un factor tardío y espóradico del lenguaje,, (2).

Otra teoría, que tiene muchos partidarios en Alemania, sostiene que los movimientos musculares han tenido acción refleja en los órganos de la voz, dando nacimiento á sonidos correspondientes á tal ó cual acción, á tal ó cual impresión. Esta teoría no se puede demostrar.

Suponer (3), por ejemplo, que el sonido *mar* acompaña desde luego al acto de frotar, de bruñir las piedras, sin que indicase al principio nada de otro y que fuese

(1) «Una cosa muy cierta es, que apenas hallamos trazas de estos procedimientos en sanscrito, griego y latín, esto es, en las lenguas indo-europeas antiguas, de las cuales nos queda todavía amplia literatura.» P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 120.

La *Sorbona*, ó *Sorbonne* en francés, es una antigua escuela muy célebre en que se enseñaba teología; fué fundada por Roberto de Sorbon, capellán y confesor de San Luis (1201-1274). En la actualidad, dicho establecimiento, completamente engrandecido y mejorado, encierra las facultades de Letras y Ciencias de París, siendo, por decirlo así, la primera Universidad regional de Francia. (Nota del traductor).

(2) P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 121.

(3) Max Müller, *Origine et développement de la religion*, p. 170.

ese sonido repetido en el momento de meterse á estre-
gar; etc.; que, con acento expresivo haya podido dar
orden de ejecutar dicho trabajo, eso sería querer hacer
de los sonidos y exclamaciones involuntarias con que
acompañamos á ciertos esfuerzos, un lenguaje verda-
dero que variaría evidentemente según el grado de
fuerza corporal ó intelectual del que lo dejase escapar,
y por efecto de esta movilidad, no puede proporcionar
un fundamento de valor científico. Puede uno pregun-
tarse todavía si el mismo acto ha tenido siempre por
correspondiente un sonido particular único é idéntico, y
si ese mismo sonido puede ser el reflejo de dicho siste-
ma. Se ve á qué confusión de ideas nos conducen los
partidarios de este sistema.

La mayor parte de los lingüistas y gramáticos han
formado el primer orden, la primera capa (permítase-
nos este nombre geológico) de los términos de que se
sirvió el hombre, con las interjecciones primitivas.

¿Puede decirse, escribe uno (1), que la emoción que
impulsó al salvaje á gritar difiere del sentimiento del
poder vital que le hizo cambiar el grito en palabra sig-
nificativa?

A pesar de Max Müller, que quiere que el lenguaje
empiece en donde concluyen las interjecciones, teniendo
razón para la época actual y bajo el punto de vista sig-
nificativo, no se puede dudar que el grito y la interjec-
ción, sus vecinas, sean los verdaderos antecedentes de
la palabra articulada.

Las interjecciones monosilábicas actuales, en sentido
indeterminado y en relación mecánica con las sensacio-
nes y emociones, son prueba de un estado transitorio
entre la expresión puramente instintiva de la voz y la
forma reflexiva, muy determinada, que ha revestido más
tarde á medida que el pensamiento ha ido afirmándose
en el cerebro humano. Si los animales se han quedado
en el grito, es que el lenguaje corresponde á un estado

(1) M. Sayce, *Principes de philologie comparée*, p. 96.

particular de la organización intelectual del hombre, estado extraño al animal.

¿Cómo se ha verificado esta transición? Lo veremos en el artículo siguiente.

Por la traducción,

JOSÉ M. B. MARECA.

Profesor del Liceo de Agen.





NOTAS SUELTAS

Recepción académica.—El Alma y la Fisiología.—Mecánica aplicada á las construcciones.—Apéndice á la legislación de montes.



No son ni pueden ser tan ruidosos los triunfos que se logran con el cultivo de las ciencias como los que se consiguen dedicándose á la literatura. Así es que, por lo común, los individuos que ingresan en la docta corporación científica de la histórica casa de los Lujanes, no van precedidos de la fama que suele acompañar á los que elige la Academia Española.

Si el actual director general del Instituto Geográfico y Estadístico, D. Francisco de Paula Arrillaga, no hubiera desempeñado cargos como los de secretario y vicepresidente del Ateneo de Madrid, para los que se ha menester disfrutar de simpatías generales, su nombre conoceríase apenas, y aun con eso y todo, no lo es tanto como se merece.

Aunque el Sr. Arrillaga es joven todavía, fuera tarea larga enumerar sus múltiples trabajos, los ramos distintos del saber á que ha aplicado su poderoso entendimiento y su laboriosidad incansable. Pero si Arrillaga, que terminó la carrera de ingeniero de montes muy mozo, ha publicado obras tales como el *Compendio de valoración de montes*, de Heyer, magistralmente traducido del alemán; *La producción forestal*

en la *Exposición universal de Viena* y la *Reseña del Congreso y Exposición de Geografía en Venecia*; si desempeñó con lucimiento una cátedra de la Escuela especial de Ingenieros de Montes y es, desde su fundación, entendido catedrático de la Escuela general preparatoria de Ingenieros y Arquitectos, su trabajo más constante y de mayor mérito está en el Instituto Geográfico y Estadístico.

Sin mermar la gloria que al general Ibáñez corresponde por haber organizado aquel importante y utilísimo centro, bien se puede decir que tuvo siempre un auxiliar de incomparable valía en el Sr. Arrillaga. Si las hojas del mapa topográfico de España son tan buenas, por el negociado de que fué jefe muchos años el Sr. Arrillaga pasaron para su formación; si los dos grandes tomos del censo de población en 1877 abarcan muchedumbre de datos y resultan más perfectos que todos los anteriores, Arrillaga estuvo también al frente de las penosas tareas que el reunir tantas y tan variadas noticias exigió; si con ser difícil la herencia del general Ibáñez (que siempre es difícil reemplazar á quien muy cerca de veinte años dirige los asuntos de un centro técnico con inteligencia y actividad singulares) marcha el Instituto tan ordenadamente como antes, es porque Arrillaga, desde el sillón de director, que conquistara con su propio esfuerzo, dispone y mueve las ruedas del complicado mecanismo.

El lector que no conozca á Arrillaga y quiera formarse una idea de su persona, imagínese á un hombre de poco más que de ordinaria estatura, delgado, esbelto y elegante; ojos expresivos y frente amplia, nariz aguileña y cabello, que fué rubio, en parte desaparecido y en parte cano, por las continuas labores intelectuales—pues no tiene aún cuarenta y cinco años el digno y entusiasta hijo de Pamplona. De modales corteses, cáptase al punto la simpatía de quien le habla; con memoria excelente y afición á la lectura, corre al Ateneo, el momento que le dejan libre sus obligaciones oficiales, revisa periódicos y libros, y está al corriente del movimiento literario y científico de todas las naciones. Habla con palabra fácil, correcta y hermosamente castellana, pero como tiene un gran enemigo, la modestia, ha pronun-

ciado muy pocos discursos. Y, en fin, ni desmiente á su país por su carácter franco, ni por sus creencias acendradamente católicas.

¿Y los discursos? preguntará el lector. ¿Cuándo se nos explica el tema sobre que versó la oración leída el 1.º de Junio en la Academia de Ciencias exactas físicas y naturales? Bien indicado tenía el tema el Sr. Arrillaga, que desde hace años es vocal permanente de la Comisión de pesas y medidas: reseñar las vicisitudes por que ha pasado y el pensamiento que informa el sistema métrico decimal, hoy en vías de ser aceptado universalmente.

Clara y metódicamente expone el nuevo académico desde sus orígenes más remotos la idea generatriz ó determinante del sistema métrico y sus ventajas, que proceden principalmente de la universalidad de su empleo. Pero donde remonta más el vuelo, penetrando por el campo de la filosofía, es al investigar los conceptos matemáticos de unidad y de medida, porque entonces brotan de su pluma experta párrafos profundos, brillantes, razonadísimos.

«Abstraed, en efecto, si podéis—dice,—la masa de la fuerza; y la masa sola, quieta, en reposo, inerte, no os dará idea del tiempo; se os aparecerá perpetua, ya que no eternamente la misma, sin cambios de lugar que os den noción del tiempo en relación con el espacio; sin experimentar modificaciones, cuya sucesión os sirva para apreciar el antes del después, y sólo en vuestra mente advertiréis el tiempo por el desarrollo del juicio en vuestro intelecto y vuestra conciencia. Lo que no se mueve, lo que no cambia, lo que no es y deja de ser, lo que no se muda, no puede dar objetivamente noción del tiempo, ni es capaz subjetivamente de pensar el tiempo; en Dios no hay tiempo, ni en la masa pura, abstraída de la fuerza, habría más que presente desde que fué creada. Se acomoda, en cambio, el concepto de masa estrictamente á la idea de espacio, como el contenido al continente, y de modo tan inseparable, que su unión produce la antinomia racional de su indefinida subdivisión y de su ineludible indivisibilidad.

» Pero introducid la fuerza que abstrajisteis, y al punto so-

brevendrán el movimiento, las acciones, los hechos particulares, los cambios, las mudanzas, y por obra de ella empezareis á objetivar el tiempo, Es más: á veces la fuerza, quedando en energía ó en acción físico-química, no influirá en el espacio que un cuerpo ocupa; pero le habrá modificado, y, no dejándole como antes estaba, os habrá hecho notar un estado presente diverso; y, sobre todo, cuando de latente se haga patente, veréis producirse actos y fenómenos que os darán la noción del tiempo, á la manera de un reloj parado que rompe á andar de improviso.

»El acto de incorporación de la fuerza en la masa es el gran misterio de la creación: á él se deben, en cuanto al hombre enseña hoy la ciencia, la luz, el calor, el movimiento, el orden, el equilibrio, la energía, el trabajo, la vida cósmica entera y el sublime concierto de la materia girando en el espacio y en el tiempo.»

De esta suerte prosigue el nuevo académico, y reseña los trabajos de la comisión formada por Borda, Lagrange, Laplace, Monge y Condorcet, quienes no asintieron á que se adoptase por unidad la longitud del péndulo de segundos, á los 45 grados de latitud, y establecieron que en buenos principios la unidad de longitud debe ser longitud y no más que longitud, con independencia absoluta para su fijación de toda otra especie de magnitudes. Prueba que sólo por aumentar el prestigio del nuevo sistema pudo tomarse para unidad de longitud una que se funda en el estudio de la forma y dimensiones del geoide, porque de no ser así, debió preferirse á la base del meridiano la del péndulo simple, harto más natural, sencilla y adecuada; y sostiene fundadamente que hay error en suponer que la condición de natural es garantía de inalterabilidad, porque «la unidad inalterable es un ideal inasequible para el hombre, que cada vez que determinara de nuevo el fenómeno natural ó la magnitud que ha de servirle para unidad de medida, obtendría resultados diferentes por practicar cada vez mejor la medición merced al progresivo conocimiento de los hechos y leyes de la misma naturaleza.»

Modernamente no tiene importancia científica el origen del

metro, y se convino, por consideraciones que indica el señor Arrillaga, en reconstruir desde sus cimientos el sistema de pesas y medidas, acordándose por las naciones asociadas la construcción de un metro y un kilogramo lo más iguales posible en magnitud á los primitivos, empleando en ella y en su estudio y conservación cuantos medios tienen á mano la ciencia y las artes de precisión. Se ha cumplido ya este programa, tras larga serie de delicadas operaciones que narra en su discurso el Sr. Arrillaga, y se han distribuído un metro y kilogramo prototipos de platino iridiado. «Mídanse con ese prototipo primario ó con sus copias á él referidas por medio de ecuaciones bien fundadas—dice el nuevo académico—todas las longitudes grandes y pequeñas de la geodesia y de la astronomía, de la mecánica y de la física, de la química y de las ciencias naturales; y cada magnitud medida será un testigo del metro universal, capaz de restablecerle en caso de pérdida de todos los metros y de todas las reglas y escalas con él contrastadas; y testigo tan duradero y fehaciente como cualquiera definición por imperecedera que caprichosamente se suponga. Y no nos preocupemos de más, porque si todo lo que hoy con el metro se mide y todo lo que se ha de medir aún desaparece un día, ese día se habrá perdido también, no ya la definición del metro, sino toda la ciencia positiva de nuestra civilización: en ese día la humanidad mirará nuestro sistema de pesas y medidas como materia de mera curiosidad arqueológica.»

¿Qué decir de la contestación del Sr. D. Miguel Merino, director del Observatorio astronómico de Madrid y secretario de la Real Academia de Ciencias? ¿Quién ignora—con ser tan poco amigo de ostentar sus conocimientos el Sr. Merino—que éste es un sabio esclarecido, de envidiable talento, que lleva muchos años de fructífera labor, que fué catedrático de bastantes hombres ya eminentes, porque muy joven difundía la enseñanza, á discípulos casi de la misma edad suya? ¿Habrá amante de la ciencia española que no haya saboreado alguno de los preciosos escritos del ilustre y reflexivo astrónomo, escritos en los que no se sabe qué admirar más, si lo profundo del concepto, ó la gallardía y galanura de la forma?

Sin la angustia de espacio y de tiempo, no resistiríamos á la tentación de transcribir las hermosas páginas del hermoso discurso, que completa el del Sr. Arrillaga y en el que pone de realce las cualidades que avaloran al inteligentísimo ingeniero de montes, y, como éste, dedica cariñosas y sentidas frases á la memoria del insigne general de Artillería y académico D. Pedro de la Llave. Véanse siquiera unas líneas de la oración bellísima á que nos referimos:

«Lo que hay es que, así como en la ruda tarea de forjar y modelar el hierro desempeña el martillo papel de mayor lucimiento ó más ostentoso que el humilde y sufrido yunque, aunque humilde indispensable, así en la incesante y fatigosa labor intelectual que el progreso de las ciencias en teoría y en sus variadas y provechosas aplicaciones demanda, tócales á unos desempeñar las veces de martillo, y son los que más sobresalen y triunfan en la legión activa de obreros, y á otros recibir y soportar los martillazos, como el yunque resignado y generoso, sin cuya paciente tenacidad y aguante inadvertido, la faena del martillar resultaría impracticable. Y, á riesgo de equivocarme, y por más que él nos asegure lo contrario, barrunto yo que á nuestro nuevo compañero le ha cabido en suerte poco envidiable, desde que, contra viento y marea, comenzó á navegar por el revuelto mar de este mundo, la de aguantar hasta ahora los porrazos del martillo y soportar en silencio el peso del trabajo, sin importarle por cierto un ardite, como el trabajo resultase útil y bello, que de su cooperación para realizarle hayan tenido muy contadas personas noticia puntual y circunstanciada. Pero vosotros, por fortuna, la teníais, y es natural que la tuvieseis por el vivo interés que os inspira cuanto al cultivo de las ciencias concierne; y por eso, cuando él menos lo esperaba, ni aun soñaba, le sacasteis de la oscuridad donde, tranquilo y satisfecho con su suerte, con actividad fructuosa se afanaba en el desempeño de sus penosos deberes, y le trajisteis á la luz del día, y le pusisteis en ocasión de demostrar lo que vale y puede de él confiadamente esperarse.»

Ambos discursos obtuvieron con frecuencia señaladas muestras de aprobación, y al terminar saludó á sus autores

con nutrida salva de aplausos la numerosa y distinguidísima concurrencia que llenaba el salón.

Si fué día de júbilo para el Sr. Arrillaga, que ve recompensados sus afanes con honroso galardón, fué también para la Academia, cuyos trabajos entra á compartir varón de tan esclarecidas prendas.



Nunca será bastante llorada la temprana muerte del reverendo P. de Bonniot, quien había alcanzado lugar tan eminente en las filas de la apologética científica, sobre todo por su profundo conocimiento de los descubrimientos fisiológicos realizados en este siglo. Tenía además intuición y análisis especiales para esa clase de estudios, que exponía con claridad extraordinaria, á la que daban realce, en ocasiones, la imaginación y el ingenio. Por la manera como están redactados los libros del P. de Bonniot, llenos de ideas y vestidos con las galas de la retórica, puede asegurarse que nada hay que les supere en la literatura religiosa contemporánea.

Pero la obra que sirve de digno coronamiento á la gloriosa carrera del ilustre jesuita, cuyo nombre hará famoso indudablemente en la historia de la apologética y de la filosofía cristiana, es la que se intitula *L'Ame et la Physiologie* (1); en ésta hay observaciones de mucha importancia acerca de la gran cuestión de la ciencia del hombre, y su objeto lo expone francamente el autor en el prefacio: defender el carácter irreductible del pensamiento contra el materialismo extracientífico de muchos fisiólogos y, al mismo tiempo, poner á salvo la autoridad de los sentidos, más que comprometida por sus teorías exclusivistas; y, principalmente, demostrar el perfecto acuerdo de las verdades fisiológicas con el espiritualismo. Este programa lo desenvuelve cumplida y

(1) En 4.º, XI-531 páginas. París, Retaux-Bray, editor. Precio, 7 pesetas.

brillantemente en dos partes, denominadas *El conocimiento y La actividad humana*.

Prueba en la primera la existencia substancial del alma por la índole misma del pensamiento, del cual el sistema nervioso no puede ser ni el sujeto ni el órgano; después de esto, examina la parte que toma el organismo en la vida psíquica, para lo que hace un detenido estudio de la conciencia y de la vida corporal. Las personas entendidas admirarán seguramente la manera como discute el P. de Bonniot la ley de Weber sobre la medida de las sensaciones; las teorías de L. Dumont sobre el placer y el dolor, y la fórmula, muy incompleta, de F. Bouillier sobre el mismo objeto; por último, el estudio de la memoria fundado en hechos, no pocos suministrados por Ribot y otros partidarios de la psicología física, pero que conducen á doctrina muy diferente.

Refuta en la segunda parte, *La actividad humana*, con igual vigor y habilidad, el determinismo de algunos fisiólogos y de los positivistas, al mismo tiempo que explica la ley, las alteraciones y las perversiones de la voluntad por la psicología más luminosa, que no es precisamente la de las «enfermedades de la voluntad.» Los capítulos siguientes, que, aun cuando se apartan un poco del objeto inmediato de la obra, relaciónanse con él como la consecuencia con el principio, exceden á los anteriores en importancia y ponen aún más de realce el talento del autor. Al rechazar la pretensa moral del positivismo, la del ateísmo social y la del evolucionismo absoluto, varía el tono de la polémica, y sube de punto en elocuencia, sin que se aminore el rigor dialéctico.

Merece particular mención el capítulo *Los colores consecutivos y el daltonismo*, del apéndice. Aunque el P. de Bonniot había realizado verdaderos descubrimientos científicos en este asunto, no lo trata aquí más que bajo su aspecto filosófico, esto es, relación del daltonismo con el problema de la objetividad de los colores.

Bien quisiéramos poder hablar más extensamente de una producción que habrán de leer cuantos se interesan por los estudios filosóficos y científicos. En el libro del sabio jesuita encontrarán, ya no que la última palabra, á lo menos los da-

tos de mayor valía sobre los problemas más esenciales y de actualidad respecto á la filosofía y la ciencia del hombre.

*
* *

Necesítase de verdadera y arraigada vocación en nuestro país para dedicarse al cultivo de las ciencias, porque, por claro talento que se tenga y por mucha laboriosidad que se despliegue, se está seguro de antemano que la recompensa del esfuerzo y el premio del saber serán la indiferencia y quizás también la pérdida de crecidos intereses.

Personas hay, no obstante, que, encariñadas con el estudio, no vacilan en desafiar toda clase de obstáculos, y entre ellas ocupa, por derecho propio, uno de los primeros lugares el esclarecido comandante de Ingenieros del Ejército D. Jose Marvá y Mayer. Mientras desempeñó una cátedra en la Academia de su distinguido Cuerpo, publicó diferentes obras, resultado de sus persistentes estudios y vigiliias, obras que le acreditan de gran matemático y de ingeniero eminentísimo. Pero todavía supera á las anteriores, con ser ya de tanto mérito, la *Mecánica aplicada á las construcciones* (1). Gustosos elogiaríamos la obra, pero como el aplauso vale tanto más cuanto mayor es la autoridad de la persona que aplaude, copiamos lo que de aquélla dice en el prólogo el eximio ingeniero y arquitecto D. Eduardo Saavedra: «El autor, á quien son familiares los desarrollos analíticos, y que posee el don, el buen gusto, podemos decir, necesario para escoger los procedimientos gráficos más elegantes y adecuados, se ha ejercitado no poco en la experimentación de las propiedades físicas de los materiales; y todo este caudal, unido al que suministra la diaria tarea del magisterio, ha producido la obra que tengo la inmerecida honra de encabezar con estas líneas. En ella se huye de cálculos complicados que fatigan al alumno y molestan al ingeniero encargado de la redacción de un proyecto, y se emplean, al lado del procedimiento de-

(1) En 4.º mayor, VIII-1278 páginas y un atlas con 53 láminas. Precio, 36 pesetas.

tallado, métodos abreviados, sin perjuicio de la exactitud, buscando relaciones fáciles de retener en la memoria, mediante las cuales se llegue directa y rápidamente al término del problema.

»El Sr. Marvá, hombre que antes de enseñar ha proyectado y construído mucho, conoce mejor que nadie la importancia de los pormenores, y no los ha escaseado. En casi todos los libros de Mecánica aplicada se atiende al conjunto de una obra, sin fijarse en los medios de enlace ó de apoyo, que se abandonan al arbitrio del práctico, aun cuando son condiciones esenciales sin las que todo cálculo reposa en vacío; aquí, bien al contrario, se encontrará un arsenal inapreciable de elementos para proyectar con acierto las dimensiones de cuerdas, cadenas, rodillos, articulaciones, pernos, tornillos y roblones. También se hallan suficientemente explanados los importantísimos experimentos con que ha sido confirmada la teoría matemática de los límites de carga permanente dada por Poucelet en su inimitable *Introduction à la Mécanique industrielle*, así como aquellos otros cuyo fin ha sido aquilatar el nuevo modo de considerar la acción de las masas pulverulentas. Y si se mira el gran caudal de tablas de todas clases, así de datos como de resultados, á cada paso intercaladas, se vendrá á conocer cómo en un solo libro tiene el ingeniero un tratado doctrinal y un manual ó *vade-mecum* de manejo diario.»

Quien, joven aún, ha publicado obra de tantos alientos como la *Mecánica aplicada á las construcciones*, bastante para ilustrar el nombre de su autor, proseguirá su carrera, ya muy honrosa, cosechando más laureles y mayores triunfos. El Sr. Marvá, á quien damos modesto, sí, pero cariñoso parabién, como se lo damos al Cuerpo que tiene la fortuna de contarle en su seno, sobradas ocasiones habrá de proporcionarnos todavía para elogiarle y enaltecerle.

*
* *

Si es cosa bien sabida que en España no pecamos de escasez por lo que toca á leyes, reglamentos y toda suerte de

disposiciones, no había de ser una excepción el ramo de Montes, el cual, por su índole misma, por los problemas que abraza y por las cuestiones á que da origen, tanto se presta á dudas y tan estrecho régimen demanda. Así es que siempre resulta oportuno todo trabajo en que se colecciona la jurisprudencia forestal, y esto es lo que muy atinadamente ha hecho en su libro *Apéndice á la legislación de montes* (1) el Sr. D. José Bragat y Viñals, quien, á más de dirigir acertadamente la Escuela especial de ingenieros de Montes, explica con indiscutible competencia la asignatura á que se refiere su trabajo.

No suele alcanzarse nombradía fácil y rápidamente más que por el camino de la política. La labor continuada del sabio en su gabinete y los desvelos del funcionario que antepone al medro personal el deseo de ser útil á su patria, pasan inadvertidos de la muchedumbre. Así es que con ser el Sr. Bragat uno de los ingenieros de montes que más se han distinguido al frente de distritos forestales como los de Huesca, Zaragoza y Cuenca, y con haber ido por sus propios méritos á dirigir el centro importante en que se difunde la ciencia dasonómica, apenas si conocen sus cualidades otros que sus compañeros.

La obra que acaba de publicar acredítale nuevamente de trabajador incansable, y por ella es acreedor á la gratitud de cuantos entienden en asuntos de montes, porque, merced á la penosa tarea que ha realizado, se facilita el conocimiento de disposiciones que andaban dispersas por entre las columnas de la *Gaceta* y *Boletines Oficiales*.

3 de Junio.

A.

(1) En 4.º, XX-143 páginas. Precio, 4 pesetas.



HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

LIGEROS APUNTES

SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZANOSOS DE ESTE CAUDILLO

SUMARIO

- I. Fundamentos de este trabajo histórico.
- II. Primeros años de la vida de Hernán Pérez del Pulgar.—Su vocación para la guerra y hechos de armas que llevó á cabo hasta ser declarado continuo de los Reyes.
- III. Causas de la guerra de Granada.—Su principio.—Socorro de Alhama y hazaña del Cantaril.—Vive Pulgar en Alhama y allí recibe mercedes de los Reyes.—Acciones de guerra en que estuvo Pulgar hasta la toma de Zalia.
- IV. Cerco de Loja.—Toma del castillo del Salar.—Es nombrado Pulgar su Alcaide.—Le defiende y obtiene por ello mercedes.—Descripción del Salar.
- V. Hazaña de Pulgar en la torre de la Gallina.—Cerco de Vélez Málaga.—Batalla de Ventomiz.—Entrada de Pulgar en Málaga siendo aún musulmana.—Su cooperación á la conquista de esta ciudad y mercedes que por ello recibió.
- VI. Hazaña del Zenete y prisión de los once Alcaldes.—Es Pulgar armado caballero por el Rey Católico.—Se le añaden nuevas armas á su escudo.—Testimonios históricos y literarios de esta proeza de Pulgar.
- VII. Hazaña del Ave-María.—Entrada de Pulgar en Granada siendo aún de moros.—Prueba de este hecho inaudito.

- VIII. Merced de los Reyes á Pulgar por la hazaña del Ave-María.—Opiniones vulgares sobre la misma.—Refutación de varios errores de Ginés P. de Hita sobre Garcilaso, Tarfe y el mismo Pulgar.
- IX. Nuevas acciones de guerra.—Cercos de Salobreña.—Socorro y vencimiento de Pulgar.—Pruebas de esta hazaña.
- X. Confirmaciones de la misma.—Opiniones contrarias.—Su refutación.—Error al atribuir á Francisco Ramírez de Madrid el socorro de Salobreña.
- XI. Opiniones extraviadas de Jerónimo Zurita sobre el particular.—Su refutación.—Causa de levantarse por los moros el cerco de Salobreña.—Mercedes que logró Pulgar por esta hazaña.
- XII. Socorro de Pulgar á la Reina D.^a Isabel en los campos de la Zubia.—Prosigue la guerra.—Pulgar es intermediario y penetra en Granada para arreglar los tratos y capitulaciones de la entrega de la ciudad.—Se entrega ésta, y Pulgar es nombrado guarda de la puerta de Babayón.
- XIII. Estado de la ciudad de Granada en la época de la conquista.—Ídem á mediados del siglo XVII.
- XIV. Hazaña de Pulgar en Mondujar.—Sus pruebas.—Merced de los Molinos de Tremecén.—Por qué le fué concedida.
- XV. Primer casamiento de Fernán Pérez del Pulgar.—Su descendencia.—Su residencia en el Salar.—Funda iglesia y patronato.—Notable desafío de Pulgar con un moro.—Vida de Pulgar hasta que contrae segundas nupcias.
- XVI. Interesante carta de Pulgar.—Su último hecho de armas en Fuente-Rabía.
- XVII. Análisis de los trabajos literarios de Pulgar, especialmente su historia del Gran Capitán.
- XVIII. Mercedes de Carlos V á Pulgar y á su segunda esposa de entierro y capilla en la Iglesia Mayor de Granada.—Vida de Pulgar hasta su tercer casamiento, y fundación de mayorazgo.—Descripción de su capilla mortuoria.—Testamento y muerte de Pulgar.
- XIX. Distinción entre el Pulgar guerrero y el Pulgar cronista.—Vida de este último.—Pruebas históricas que demuestran la propia personalidad de cada uno.
- XX. Cédulas y cartas reales expedidas por las hazañas de Pulgar.—Cédulas y mercedes perdidas.—Cédulas que hoy existen.

I

FUNDAMENTOS DE ESTE TRABAJO HISTÓRICO

Con sobrada razón se lamentaba el insigne Martínez de la Rosa, cuando en 1834 escribía su *Bosquejo histórico*, sobre la vida y hechos de Hernán Pérez del Pulgar (1), de la escasez de datos que tenía á la mano para aquella obra, y de lo infructuosas que habían sido todas sus pesquisas, para poder hallar el precioso manuscrito, de un pariente muy cercano del famoso héroe de la reconquista (2), y que buscado con afán por nuestro paisano en los Archivos de Granada y Loja, donde presumía encontrarlo, hubiera podido esclarecer en su excelente trabajo muchas cuestiones, que dejó sin aclarar, y hubiera dado noticias, que allí se echan de menos por no existir en la única obra que le sirvió de consulta, como que en ella (3) sólo se tuvieron en cuenta los datos sacados del referido manuscrito, que eran precisos para el asunto que la informaba.

Más afortunados nosotros que el esclarecido político y literato, gloria de Granada y de nuestro siglo, hemos encontrado el preciado documento que con tanto afán se buscaba (4). Revolviendo legajos para otro trabajo histórico, en

(1) Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas, *Bosquejo histórico* por don Francisco Martínez de la Rosa. Madrid, Febrero 1834, imprenta de D. Tomás Jordán.

(2) Advertencia preliminar y nota primera á la obra referida.

(3) *Historia de la casa de Herrasti*, escrita por D. Juan Francisco Pérez de Herrasti, octavo señor de dicha casa. Granada, 1750.

(4) Titúlase «Cronicón póstumo de la vida, proezas, mercedes y genealogía de Fernando Pérez del Pulgar y Osorio, primero Alcaide y señor del Castillo, y Villa-Salar y de los molinos de Fez en África llamado: *el de las Hazañas*, por las muchas que obró en la conquista de todo el reino de Granada, en servicio de Dios nuestro Señor, y de los Sres. Reyes Católicos don

el archivo de uno de los descendientes de aquel guerrero (1), encontramos una copia del ansiado manuscrito, que consultado con el borrador del mismo, en el archivo de otro Pulgar también residente en Granada, y con el original que existe en el archivo de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, resultó exactamente copiado, y ofreciendo un riquísimo arsenal de datos, no sólo para la vida del gran caudillo de las guerras de Granada, sino para muchos otros sucesos, bastardeados por la opinión, ó desfigurados, embelleciéndolos con las galas seductoras de la tradición ó de la fábula popular.

Ya no quedaba duda alguna. Éste era el manuscrito que con tanto desvelo buscó en su tiempo Martínez de la Rosa, y la desgracia hizo que éste, examinando todos los archivos de Granada, no tropezase con él. De su lectura y de la obra escrita por aquél se saca en consecuencia que media entre ambas diferencia notable, y que podrá prestarse algún servicio á los amantes de estos trabajos históricos dando á conocer la esencia de todo lo que comprende aquel trabajo manuscrito de la primera mitad del siglo XVII.

Tal fué el primer fundamento de que nos decidiéramos á publicar estos apuntes, donde siguiendo el plan adoptado por el autor de aquel trabajo (2), expondremos con mayor detención todo lo que, ó no tratase en su obra aquel literato insigne, ó lo expusiese con errores ó con ligereza, y seremos

Fernando y D.^a Isabel. Confutación de las siniestras oposiciones, que sobre algunas, y su autor, se han admitido, dirigidas, al Ilustrísimo y reverendísimo Sr. Deán, y Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de la ciudad de Granada. Historiadas por D. Martín de Angulo y Pulgar, natural de la ciudad de Loja. Hecho en Loja en 1649.»

(1) Archivo del Excmo. Sr. D. Fernando Pérez del Pulgar y Blake, Conde de las Infantas. Al pie de la portada de este manuscrito, hay una nota, que indica ser copia del que existe en la casa del Sr. D. Cristóbal Pérez del Pulgar y Fernández de Córdoba en esta ciudad.

(2) Divídese en cinco libros esta historia manuscrita. El 1.^o y 2.^o tratan, cómo y por qué y cuándo obró Hernán Pérez del Pulgar las hazañas. El 3.^o la vida del que las obró. El 4.^o la distinción del Fernán Pérez del Pulgar hazañoso, y Fernando del Pulgar, cronista, y el 5.^o las cédulas de mercedes de los Reyes á la letra, hechas á el hazañoso y á su casa.

más someros, en todo lo que fuese más conocido de los amantes de estos estudios.

Muchos años después de haberse escrito, se dió á conocer el manuscrito que nos ocupa. Apenas terminado el 1649, falleció su autor D. Martín de Angulo y Pulgar, y quedó encargado de corregirlo y darlo á luz un primo del mismo, D. Jerónimo de Pulgar y Sandoval (1).

De esperar era que pronto se hubiera conocido de todos este trabajo, pero es lo cierto que casi hasta fines del siglo XVII no se tuvo noticias de él. Y esto porque el hijo único del autor, amante de las glorias de su raza, como lo había sido aquél, y admirador de sus trabajos literarios, los da á conocer enviando el original al archivo de la Catedral, á quien se dedicaba, y quedando el borrador en el de la casa, para que se perpetuase en la familia la gloriosa tradición histórica de las hazañas de Hernán Pérez del Pulgar. El asegurar Martínez de la Rosa que el referido manuscrito era obra de dos parientes del héroe de la Reconquista fué debido á las noticias antes indicadas: que no tuvo más autor que uno, y éste fué el referido, cultivador en su tiempo de los trabajos históricos y literarios, que le hicieron ser conocido con el título honroso *del docto de Andalucía*.

Sus comentarios al poeta español Góngora, el centón de sus versos (2), otras obras que se han perdido, pero de que se tiene memoria por las referencias de aquella época, colocan al autor de este manuscrito en la categoría de los hombres de valer en su tiempo. Estas consideraciones y las que á todos alcanza de que escrita la obra citada por un descendiente del gran Pulgar, teniendo á la mano datos y justificantes hoy perdidos en el archivo de aquella ilustre casa, dan á este trabajo tal sabor de verdad y auténtico valer que le tomamos desde luego como segura guía del nuestro, pues no puede menos de considerarse aquél como la fuente más pura de

(1) Así lo dice en un prólogo al lector, el hijo del autor, cuando muchos años después dió á conocer el trabajo de su difunto padre.

(2) *El centón de sus versos*, por D. Martín de Angulo Pulgar.— Sevilla, 1638.—Simón Fajardo, impresor.

realidad y exenta de errores para el que quiera escribir la completa narración de la vida y proezas del primer Alcaide del Salar.

Tal es el segundo motivo que nos alienta á emprender esta tarea, que si es árida siempre y de suyo difícil, ahora lo es en extremo y casi insuperable, teniendo en cuenta que el camino quedó brillantemente trazado hace ya muchos años por el inmortal Martínez de la Rosa.

Sirva sólo de disculpa á esta atrevida empresa el amor profundo que á Granada profesamos y el culto fervoroso que siempre hemos rendido al héroe de tan gloriosa epopeya, nuevo Aquiles del fin de aquella guerra de ocho siglos.

Por ello, siguiendo las atinadas observaciones del autor de este trabajo que tenemos á la vista (1), encontramos como último y decisivo fundamento para estos apuntes que todo lo que tienda á popularizar las hazañas de este valiente capitán debe publicarse como merecido premio en la posteridad de sus hazañosas proezas, tanto más cuanto muchos de los hechos heroicos por él realizados fueron caprichosamente adjudicados á otros, como la defensa de Salobreña, que con suma ligereza la atribuye Jerónimo de Zurita á Francisco Ramírez, de Madrid, y otros hechos que escritores sin conciencia ó desprovistos de datos ciertos y evidentes pusieron en cabeza de guerreros de gran valer, pero que nunca fueron autores de las hazañas de Pulgar.

Y si á esto se añade que el autor del manuscrito que ha de servirnos de guía en estos estudios confiesa con honrada franqueza que largos años de trabajos, continuas consultas de archivos, comprobaciones y repetidas lecturas de cédulas y cartas reales, testamentos, fundación de mayorazgos, rótulos de capillas, losas, sepulturas, escrituras auténticas, las crónicas de aquellos tiempos, las historias de crédito y legales genealogías, la fuerza de la conjetura y la autoridad de la tradición sacada de los ojos que lo vieron y escribieron y que de padres á hijos se fué descendiendo, reservando y

(1) Proemio del mismo, que titula: «Sujeto, objeto, motivos y estilo de esta historia.»

deteniendo; que todos éstos fueron los materiales que le sirvieron para escribir la sucinta historia de su ilustre abuelo, tendrá disculpa que con ella y los otros datos sacados de archivos públicos y particulares de Granada, Loja y el Salar publicaremos estos apuntes, ligeros sí, pero verídicos en todas sus partes, que pueden ser siquiera aproximados el retrato del más notable de los hazañosos capitanes de nuestra historia.

II

PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DE HERNÁN P. DEL PULGAR.—
SU VOCACIÓN PARA LA GUERRA Y HECHOS DE ARMAS QUE
LLEVA Á CABO HASTA SER DECLARADO CONTINUO DE LOS
REYES.

Era Pontífice de la Iglesia el Papa Nicolao V (1) y regía á Castilla D. Juan II, cuando el martes 22 de Julio

(1) Antes de comenzar la verdadera historia de Pulgar en el manuscrito á que nos referimos, aparecen las siguientes sepulcrales que por su originalidad y atribuirse, en nuestro sentir equivocadamente, á Garcilaso y ser la historia sucinta de Pulgar, merecen ser conocidos. Dicen así: Sepulcrales de Garcilaso, á Fernando Pérez del Pulgar, primer Señor y Alcaide del Castillo y Villa del Salar:

«Año de MCCCCLI el mes de Julio.

Nació en Ciudad Real
El V Nicolao la iglesia gobernando
D. Juan II en Castilla Reinando,
Á los reyes Católicos sirvió en Portugal
Y en *continuo* salió de esta guerra
Prosiguió á su costa la del Reino de Granada
Defendió y socorrió la Ciudad de Alhama
De Salar, y por fuerza el castillo ganó.
Quedó por su Alcaide, y lo defendió,
Reconoció el ejército moro allá en Ventomiz
Que huyó del Católico, por su valor y su ardid,

de 1451 (1) nació en la llamada antes *Villa Real* (luego Ciudad Real (2), *Fernando Pérez del Pulgar y Osorio*, para que fuese en su día gloria de España, lustre de su patria y honor de su linaje.

Perteneció á una familia de la primera nobleza del país. Su padre, D. Rodrigo P. del Pulgar, era biznieto de D. Fernando del Pulgar, doncel del Rey D. Juan I, y su madre, D.^a Constanza Osorio y Cárdenas, era á su vez nieta del famoso Marqués de Astorga.

Muy cerca de la puerta de la iglesia de Santa María (parroquia donde fué bautizado Pulgar), nació éste en Ciudad Real. De su casa no queda rastro alguno, siendo de lamentar

En su lanza su toca sirvió por bandera,
Y en el Zenete fué la primera,
Que volvió á los moros matando y prendiendo
Sus once Alcaldes, que de ella volvían huyendo.
En la mezquita mayor de Granada
Aun siendo de moros le dejó clavada.

Nuestra Ave María.

Y acometió á guemalla por su Alcaicería
Cercada Salobreña le entró á socorrer,
Y resistió del Rey Chico todo el Poder.
Sin estas, Peregrino, otras victorias
Tiene el olvido, retienen las memorias.
Vivió honrado de virtudes morales,
Murió honrado de trofeos militares
En Granada, y Agosto Año de MDXXXI.
Clemente XII la Iglesia Cristiaua
Y Carlos V gobernando á España,
En su Capilla yace sepultado,
De la Iglesia Mayor en el Sagrario.»

(1) Martínez de la Rosa dice equivocadamente que nació Pulgar el 27 de Julio de 1451.

(2) Ciudad Real, con el nombre de *Villa*, fué fundada en el reino de la imperial Toledo por el sabio Rey D. Alfonso, en 1262, y recibió el nombre de *Ciudad* vista su grandeza por gracia del Rey D. Juan el II en 1420.

no pueda señalarse á punto fijo el sitio donde vió la luz primera el héroe más esclarecido de la Reconquista, como es tristísimo también que en Granada, donde tantos años vivió después, no se sepa por todos cuál fué de continuo la casa de Pulgar.

Niño aún, venció en su propia tierra los penosos rudimentos de la escuela, y más crecido, se le educó con propios ejercicios á su sangre, que nunca olvidó, y que fueron la viva enseñanza de sus posteriores empresas. Acostumbráronle sus padres á vivir concertada y cristianamente, cual tierna planta que, encaminada rectamente y con buenos ejemplos instruída, había de dar prodigiosos frutos para su casa y para la historia patria.

Ya adulto, le inclinaron á las letras y lengua castellana, sin permitirle que se ocupase de ejercicios y trabajos impropios de los de su sangre. Hizo rápidos progresos en las lecciones de humanidad militar y política, hasta tal punto, que muy joven aún, y dominado por el espíritu guerrero de la fabulosa divinidad que presidió su nacimiento, demostraba su predilección por la vida de las armas, signo precioso de las empresas que había de llevar á cabo, como hijas del extraordinario y continuo aliento de su corazón desde niño.

Esta vocación guerrera no entibió ni por un momento sus aficiones literarias. Dejó dos manuscritos, obra el primero de su juventud, y el segundo de los últimos años de su vida.

Aquél, mucha parte de su letra, lo comenzó así: «*Dios, por vuestro amor, reverencia y honor, empiezo aqueste libro que es de mill proverbios.*»

Hállanse en él muchos de autores clásicos, con tal arte traducidos, que presenta su somero bosquejo una obra preciosa de rudimentos filosóficos.

Muchos años quedó en el olvido, hasta que á mediados del siglo XVII (1645), se descubrió en poder de D. Martín Vázquez Siruela, canónigo que fué del Sacro Monte de Granada, su obra titulada *Breve sumario de los hechos del Gran Capitán Gonzálo Hernández de Córdoba*, dirigido al católico y poderoso señor Emperador Carlos, Rey de España y de Romanos, y que publicada en dicho siglo, quedaron bien

pronto agotados sus ejemplares, hasta que en 1834 la reimprimió en Madrid D. Francisco Martínez de la Rosa (1).

Es una pintura exacta de aquel gran caudillo, con un estilo tan castizo, que él sólo bastaría para acreditar á Pulgar de escritor de los más atildados y puros en el uso del castellano.

Consérvase *de los proverbios* un fragmento del libro segundo capítulo 17, y el segundo apéndice del tercero. Pero ello sólo es suficiente para justificar á Pulgar como excelente conocedor de los clásicos latinos, de los filósofos y los oradores de Roma, demostrando bien á las claras lo encastado que estaba en la historia, usos y costumbres de aquel pueblo, y cuán bien conocía las instituciones de griegos y romanos.

Y si como escritor mereció Pulgar que se le considerase en el porvenir, no lo mereció menos por sus condiciones personales y morales. Véase si no la gráfica pintura que de este caudillo insigne nos hace el autor del manuscrito referido:

«Era de ingenio despierto, bien inclinado talento, valiente de resolución, tenía presteza al emprender y constancia en proseguir, se anticipaba siempre en los peligros, siendo el último en salir de ellos; á ninguno dió pesadumbre ni mató llevado de la ira; no sólo era amado de los cristianos, sino venerado y temido de los valientes moros; en las juntas y convites fué siempre modesto y decoroso, no pudiendo nunca ver ni oír cosa torpe ni deshonesta; fué excelente amigo, hablando de todos con respeto y honor; inclinó su devoción á Nuestra Señora la Virgen María, teniendo por especiales protectores á Santa Ana y á San Lázaro; no le mortificó nunca la ciega ambición de las riquezas, acostumbrando á decir que el varón no habrá de sujetarse nunca á bajos pensamientos ni á torpes acciones, pues la razón

(1) *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán.*— Madrid, Febrero, 1834 é imprenta de D. Tomás Jordán. Esta obra fué primeramente impresa en Sevilla, por Jacobo Cromberger (aleman) en 1527, á 18 de Enero.

á lo más bueno y alto nos inclina; siendo en su estatura ni alto entre los medianos, ni pequeño entre los altos, con su rostro lleno y severo, con su color moreno encendido y su frente espaciosa y con ojos grandes, que abarcaban con intensa mirada todo el horizonte que se le ofrecía á su contemplación, y reflejaban bien á las claras todo el bravo espíritu que animaba á aquel caudillo insigne y el sublime corazón que le regía.»

Quizá aparezca apasionado este relato minucioso que de Pulgar hace su cronista y descendiente en 1649; pero este apasionamiento aparente quedará desvanecido cuando se relaten, siquiera sea de un modo somero y poco detallado, algunas de las hazañas más importantes de este caudillo insigne.

En efecto; el joven Pulgar, que durante los primeros años de su vida dió señaladas muestras de su asidua aplicación, de sus talentos nada comunes y del valeroso ardimiento que le animaba ya en la primavera de su juventud, pareciéndole estrechos términos los paternos límites, depuso su afecto, omitió el cariño y encaminó su espíritu á las armas, á que le conducía su valor, propio ejercicio de su edad y en todos siglos propio de tal sangre.

Aprovechando las luchas entre D. Fernando II de Aragón y D. Alfonso V de Portugal, á propósito del concertado enlace con la Infanta D.^a Juana, presentóse al Monarca en 1473, á los veintidós años de edad, y con tal éxito hizo sus primeras armas, que su crédito como guerrero fué de todos conocido, y su valor fué tan reparable, que ya en 1481 fué nombrado *continuo* de los Reyes (1), con todas las preeminencias y honores que entonces llevaba consigo anejo aquella tan elevada distinción.

Este cargo de *continuo* de los Reyes, que era sinónimo al de perpetuo criado ó asistente del Monarca, y á lo que hoy se llama *gentilhombre*, era entonces ocupación militar á la

(1) Así lo nombran los Reyes Católicos en sus cédulas y privilegios, encontrándose Pulgar desde 1481 entre otros señores y caballeros continuos de los Reyes, con cuatrocientos maravedís de asignación al año.

vez que doméstica, de absoluta confianza para los Reyes, y previa la escrupulosa información de nobleza de sangre en el agraciado.

Testimonios históricos prueban hasta la saciedad la certeza de haber desempeñado Pulgar este puesto de confianza cerca de los Reyes de Castilla y de Aragón (1), y por si algo faltase, los mismos D. Fernando y D.^a Isabel lo llaman muchas veces *criado y continuo* de su casa en sus cartas y reales cédulas. Y esta distinción concedida á Pulgar, y con la que terminó su primera brillante campaña guerrera, lo fué no sólo como premio á sus excelentes merecimientos en ella, sino también como herencia para recompensar los prestados por su padre Rodrigo del Pulgar á los Reyes D. Juan II de Castilla y á su hijo D. Enrique, particularmente en la hazañosa defensa de Ciudad Real en 1474.

Ocupado en empresas guerreras pasó Pulgar desde 1473 á 1479. Terminada en este año la guerra que sostenía doña Isabel, y muerta al fin de dicho año su madre D.^a Constanza Osorio, le fué preciso volver á su patria á cuidar de sus dos hermanas y á prepararse para la realización de hazañas sin cuento, que más tarde había de llevar á cabo, siendo bien corto su obligado descanso, pues pasados poco más de dos años, le volvemos á ver en campaña, empezando á ser el terror de la morisma y la admiración de su siglo.

FRANCISCO VILLA REAL.

(Se continuará.)

(1) El cronista de los Reyes Católicos Fernando del Pulgar, enumerando los caballeros continuos de los Reyes, menciona á este guerrero, entre otros, hasta el número de cien, en los capítulos 58 y 128 de su crónica.



RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (1)

—Este nombre, señora—dije interrumpiéndola,—no me puede ser desconocido, y oí referir que una vez, estando el Conde en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, dió á un fraile que pedía para las almas una moneda de oro.—¡Ah! Señor, le dijo el fraile, habéis sacado un alma del purgatorio. El Conde sacó entonces otra moneda y la puso en el plato.—Ya librasteis á otra infeliz alma de sus penas, dijo el reverendo; y así sucesivamente fué depositando el Conde seis monedas de oro en el plato, mientras á cada una el fraile clamaba:—¡Otra infeliz alma sale del purgatorio!—¿Me lo aseguráis? dijo el Conde.—¡Oh, señor! respondióle sin dudar el fraile—puedo aseguraros que ya están seis almas en el cielo.—Pues devolvedme las monedas, añadió el de Villamediana, que de nada os han de servir, pues si las almas entraron ya en el cielo, es muy seguro que no volverán al purgatorio.—El suceso aconteció como lo acabáis de referir—dijo la Condesa,—pero mi pariente no recogió su dinero, pues tal acción entre nosotros promovería verdaderos escrú-

(1) Véase la pág. 404 de este tomo.

pulos. La devoción que consagramos á las almas del purgatorio nos parece la más recomendable; á veces es tomada tan á pechos, que recuerdo haber conocido á un hombre de alcurnia elevada que, á pesar de hallarse bastante atrasado de intereses, al morir ordenó que se le dijeran 15.000 misas. Su postrera voluntad fué realizada y se pagó aquel sufragio del alma con los dineros que honradamente correspondían á los desdichados acreedores; pues por muy legítimas que sean las deudas, no se cuenta con ellas hasta que las misas que indica el testamento estén dichas. Esto ha dado lugar á la siguiente conocida frase: *Fulano ha dejado á su ánima heredera.*

Felipe IV ordenó que se le dijeran 100.000 misas, queriendo que, cuando no las necesitara todas, pudiesen aplicarse á sus padres, y si éstos estuvieran ya en el cielo, á las almas de los muertos en las guerras de España.

Pero lo ya referido del Conde de Villamediana me recuerda que, hallándose otro día en la iglesia con la Reina Isabel, vió sobre un altar mucho dinero, ofrecido á las almas del purgatorio; acercóse, y tomólo diciendo: «Mi amor será eterno, mis penas también serán eternas; las de las almas del purgatorio tendrán fin, ¡ay! las mías no acabarán; ellas tienen una esperanza que las consuele, para mí no hay consuelo ni esperanza; por consiguiente, las limosnas, como esta que se les destinan, mejor ganadas las tengo yo.» Pero como es de suponer, no se llevó el dinero que le había dado fácil ocasión para referirse á sus desventurados amores en presencia de la hermosa Reina. Tan enamorado estaba de ella el Conde, que si no mediara su virtud austera para garantir su corazón contra los méritos del pretendiente, parece indudable que la señora le hubiera correspondido. El de Villamediana era joven, apuesto, hermoso, valiente, arrogante, galanteador y genial; nadie ignora que, para su desdicha, en un torneo atrevióse á presentarse vistiendo un traje bordado con reales de plata y ostentando esta divisa: *Mis amores son reales*, aludiendo desenfadadamente á la pasión que le inspiraba la Reina.

El Conde-Duque de Olivares, favorito del Rey y encubierto

enemigo de la Reina y del Conde, hizo notar á su señor la temeridad del caballero que se atrevía en su presencia y públicamente á declarar su desatinada pasión, y desde aquel momento aconsejó al Rey la venganza. Tratóse de aprovechar una oportunidad para que nadie sospechase, pero nuevas declaraciones apresuraron los acontecimientos. Como el de Villamediana dedicaba todo su talento y su aptitud á complacer y agradar á la Reina, compuso una comedia que todos alabaron, pero especialmente á D.^a Isabel parecíale tan hermosa, descubriendo en sus versos tanto sentimiento y delicadeza, que se propuso representarla para celebrar el aniversario del Rey. El enamorado Conde dirigía la fiesta, y mandó hacer trajes y construir maquinaria, que le costaron 30.000 escudos. Había mandado pintar una gran nube, y cuando la Reina estaba debajo de la tela, escondida en una máquina, no lejos de allí el Conde, hizo una seña, bien entendida por aquel á quien fué dedicada, y la nube ardió, corriéndose pronto el fuego á toda la casa, que valía 100.000 escudos. Pero el Conde no contaba las pérdidas habiendo conseguido su objeto: salvar á la Reina en sus brazos, conducirla por una escalera interior y obtener algunos favores. Un paje lo vió y refiriólo al Conde-Duque, que no dudaba lo que sucedería desde que se produjo el oportuno incendio; y dedicándose á sus arteras pesquisas, pudo luego presentar al Rey pruebas indudables, y de tal modo enfureció su cólera que, según dicen, hizo matar á Villamediana de un pistoletazo, una tarde, mientras iba en su carroza con D. Luis de Haro. Puede asegurarse que ha sido el Conde de Villamediana el caballero de más gallarda figura y de más briosa inteligencia de aquella corte, y su memoria es todavía reverenciada por los amantes desventurados.

—Bien funesta fué su muerte—dije,—pero no creí que las órdenes del Rey influyeran en semejante atentado; siempre oí decir que fué debido á la familia de D.^a Francisca de Távora, portuguesa, muy amada por el Conde, siendo dama de palacio.—No,—prosiguió la Condesa de Lemos,—tuvo aquella desgracia lugar como acabo de referiros; y, pues os hablo de Felipe IV, me parece oportuno añadir que una de las

mujeres á quienes amó aquel Rey más apasionadamente fué la Duquesa de Alburquerque. Teníala su marido bien guardada, pero los obstáculos aumentaban las aficiones del Rey en lugar de vencerlas, haciendo cada vez sus deseos mayores. Un día, mientras jugaba y en lo más interesante de la partida, fingiendo acordarse de un asunto muy urgente que sin demora debía despachar, llamo al Duque de Alburquerque para encargarle de su puesto mientras él se ausentaba. Saliendo de aquella estancia, tomó una capa y por una escalera secreta fuése á casa de la joven Duquesa, seguido del Conde-Duque, su favorito. El Duque de Alburquerque, más cuidadoso de sus propios intereses que del juego del Rey, sospechando y temiendo una sorpresa, fingióse acometido por dolores horribles, y entregando á otro las cartas, retiróse á su casa. Acababa el Rey de llegar sin acompañamiento; vió acercarse al Duque cuando aún estaba en el patio, y se ocultó; pero no hay ojos más penetrantes que los de un marido celoso. Éste, comprendiendo hacia qué parte andaba el Rey, sin pedir luces para no verse precisado á reconocerle, llegóse con el bastón levantado gritando: «¡Ah, ladrón! Tú vienes á robar mis carrozas.» Y sin más explicación le sacudió lindamente. El Conde-Duque no se libró tampoco de sufrir tan vil trato, y temiendo que las cosas acabaran peor, repetía que allí estaba el Rey, para que contuviera el Duque su furia; pero el Duque redoblaba sus golpes en las costillas del Rey y del ministro, y á su vez decía que iba siendo el colmo de la insolencia emplear el nombre del Rey y de su favorito en tal ocasión, y que ganas le daban de llevarlos á palacio para que S. M. el Rey los mandara luego ahorcar.

Enmedio de tanto alboroto el Rey pudo escapar desesperado por haber sufrido inesperada paliza sin recibir de la dama pretendida el más ligero favor. Esto no tuvo consecuencias fatales para el Duque de Alburquerque; muy al contrario, sirvió para que desistiera el Rey de sus propósitos, y olvidado pronto de la Duquesa, hiciera el duro lance objeto de risa. No sé si abuso de vuestra paciencia con lo dilatado de mi conversación—añadió la Condesa de Lemos,—y temo caer en la falta muy común entre las personas de mi edad, que

hablando hablando suelen perder la cuenta del tiempo que pasa y de la calma del que los oye.

Comprendí que deseaba retirarse, y después de darle gracias infinitas por lo mucho que me había honrado, despedíme y volví á la posada.

Aunque la tempestad arreciaba, y después de dudar no poco temiendo las dificultades y peligros del camino, resolvimos ponernos en marcha y anduvimos todo el día, sin vernos los unos á los otros, tan espesa era la niebla, cayéndonos y levantándonos, avanzando poco y á duras penas. Al anochecer, desesperados, volvimos á encontrarnos en las puertas de Lerma, comprendiendo que no habíamos hecho más que dar un rodeo á poca distancia de la ciudad, y perder el tiempo haciendo inútiles todas las fatigas pasadas.

La posadera, contenta de recibirnos nuevamente y deseando que repitiéramos tan desventurado viaje todos los días para recogernos en su casa todas las noches, díjome que sentía no poder ofrecerme la misma sala que la noche anterior ocupé, y prometióme arreglarme otra, cómoda como aquélla, donde se hospedaba ya una señora de la mayor grandeza española. D. Fernando quiso conocer su nombre, y averiguó que la dama era D.^a Leonor de Toledo, una parienta suya, muy allegada, extrañándose de hallarla en semejante lugar.

Deseando salir de dudas, y cumplir además con los deberes que le imponía el parentesco, mandó á su criado para saber si estaba dispuesta entonces á recibir una visita. Ella contestó que se felicitaba de tan inesperado encuentro y que sería muy gustosa de ver á D. Fernando. Cuando éste salió del cuarto de D.^a Leonor, vino á decirme cumplidamente que si su parienta no se hallara enferma y muy cansada, entraría en mi habitación. Entonces juzgué conveniente presentarme afectuosa con una señora de calidad, allegada de un caballero á quien debía yo tantas finezas; por esta razón roguéle que me acompañase á la sala de D.^a Leonor, en quien desde los primeros momentos pude observar mucha distinción y donosura. Vestida estaba con una sencillez magnífica (si puede así decirse), no llevando nada sobre la cabeza; sus cabellos, negros y brillantes, dividíanse formando á

uno y otro lado gruesas trenzas unidas por detrás con una tercera que le caía sobre la espalda. Cubriendo su cuerpo, una camisola de Nápoles bordada en oro y colores, guarnecida con botones de esmeraldas y diamantes, lucía sobre una falda de terciopelo verde adornada con blondas españolas, y cayendo sobre sus hombros una manteleta de terciopelo grana, forrada de armiño. Así visten las damas españolas cuando quieren mostrarse con cierto abandono, *de trapillo*, como aquí se dice.

Parecióme D.^a Leonor muy de veras hermosa; brillaban tanto sus ojos que difícilmente podía resistirse su mirada. Don Fernando le dijo quién era yo y que iba camino de Madrid, donde me aguardaba una prima, cuyo nombre no le fué desconocido, anunciándome que por entonces el Rey la hizo *titulada*, nombrándola Marquesa de Castilla.—Os quedaría muy agradecida, señora—le dije interrumpiéndola,—si me dijerais qué significa ese título del que me habla ella en sus cartas sin explicármelo; he preguntado á muchos lo mismo, pero bien sea que no estuviesen enterados ó que no quisieran sacarme de dudas, lo cierto es que las mismas tengo.

—Con gusto voy á comunicaros lo que yo sé acerca de este particular—prosiguió D.^a Leonor.—He oído siempre decir que los primeros reyes de Oviedo, Galicia y Asturias eran elegidos por los prelados del Reino y por los ricos-hombres. Estos señores, no gozando todavía los títulos de Duque, Marqués ó Conde, que hoy les distinguen de los hidalgos, llamábanse de aquel modo entonces, como se llaman algunos ahora, *grandes de España*. Estaba mandado que la elección del nuevo Rey se haría entre los individuos de la familia del Rey difunto. Pero esta costumbre no fué observada más que desde Pelayo á Ramiro. En 843 se le hizo sucesor de Alfonso el Casto, Rey de Asturias, y se admitió bajo su reinado la sucesión de padre á hijo por línea directa, ó de hermano á hermano en línea colateral, para la corona. Esta ley se ha observado siempre, desde entonces, en España.

Notad que la expresión *ricos-hombres* no quiere decir lo mismo que *hombres ricos*. Los ricos-hombres cubríanse delante del Rey y á su vez reinaban en sus estados. Su Majestad

les otorgaba todas estas prerrogativas; y los titulados son los mismos que se llamaron ricos-hombres, pero sus privilegios han quedado sólo conferidos á los que gozan además la prerrogativa de grandes de España. Los titulados pueden tener un dosel en su cámara y usar en Madrid una carroza con cuatro caballos y *tiros largos* de seda que mantienen á distancia de los de varas los caballos delanteros. Cuando hay fiestas de toros se les ofrecen balcones en la Plaza Mayor, donde las damas de sus familias reciben obsequios y regalos, como guantes, cintas, abanicos, medias de seda y dulces, además de una espléndida colación costeada por el Rey ó por la Villa, según quien sea el que ofrece las diversiones al pueblo. Tienen además un banco reservado en las ceremonias, y cuando el Rey hace un titulado Marqués de Castilla, de Aragón ó de Granada, el favorecido entra desde luego á formar parte de los Estados de aquel Reino.

Los *grandes* pueden serlo de tres clases diferentes que se distinguen según la manera como habla el Rey al nombrarlos:

Son unos, aquellos á quienes manda cubrirse sin añadir nada más; la *grandeza* en este caso se refiere sólo á su persona y no se continúa en la familia.

Otros, aquellos á quienes el Rey califica con el título de uno de sus estados, diciendo: Duque ó Marqués de tal sitio, *cubríos para vos y para los vuestros*; son grandes con más ventaja que los primeros, porque su grandeza, uniéndose al título y al territorio, se hace hereditaria. Esto explica de qué modo pueden reunirse varias *grandezas* en una sola familia y cómo algunas herederas llevan seis ó siete á sus maridos, que son *grandes* por las tierras y el título que corresponde á sus mujeres.

Éstos no se cubren hasta después de haber hablado al Rey; pero hay otra clase más elevada que las dos anteriores, á quienes el Rey, antes de que hablen, dice: *cubríos*, y se dirigen y oyen al Rey con la cabeza cubierta. Otros no se cubren más que después de hablar y ser contestados; pero cuando todos están juntos en alguna ceremonia no hay diferencias entre unos y otros; siéntanse y cúbrense delante del Rey, que al di-

rigirse á ellos por escrito los trata como príncipes y los llama excelencias. Cuando sus esposas visitan á la Reina, ésta las recibe de pie, y en lugar de invitarlas á sentarse sobre un tapiz, les ofrece unas almohadas.

Los mayorazgos están formados por la mayor parte de las posesiones correspondientes á personas de alto nacimiento: cuando un hombre de calidad goza de un mayorazgo, por muchas deudas que tenga no pueden los acreedores embargarle las tierras que lo componen, viéndose precisados á cobrarse con la renta, y ni aun de ésta pueden disponer, porque muchas veces, antes de que vean un cuarto, los jueces señalan una pensión conveniente, según el rango del deudor: tanto para sus hijos, tanto para la mesa, para trajes, para criados, para caballos y hasta para los más superfluos entretenimientos de su vida. Generalmente la renta total se distribuye así, quedando los acreedores sin poder acudir á la justicia, por muchas que sean sus razones.

Ahí tenéis explicado, señora—continuó D.^a Leonor,—cuanto deseabais averiguar, y yo me considero dichosa por haber podido satisfacer vuestra curiosidad.

Dile testimonios de agradecimiento, asegurándola que siempre recordaría con preferencia lo que acababa de darme á conocer con tanta gentileza y claridad; preguntóme si sabía yo á quién había nombrado su embajador en España el Rey de Francia; respondile que no me habían escrito aún tales nuevas.

—Al salir de Madrid—prosiguió —no me fué posible recoger noticias acerca del asunto, que considero importante, pues deseamos que las personas encargadas de llenar elevados puestos sean gentes de distinción y noble nacimiento. No sufrimos nunca, sin marcada repugnancia, que un hombre de medianas disposiciones y humilde cuna sea revestido de una dignidad que le coloca tan por encima de los demás, cuando á un gran monarca representa, y trata de su parte con el nuestro. Pretendemos que un personaje honre su cargo tanto como el cargo le honra.

Notició á D. Fernando de Toledo que su tia la Marquesa de la Guardia poco tiempo antes había muerto, y que el

Conde de Medellín, hermano de la Marquesa, murió al día siguiente, haciendo pensar á muchos que fué de dolor por la muerte de su hermana.—¡Ah! Señora—le dije interrumpiendo,—¿los españoles son amorosos hasta ese punto? Parece que su gravedad extremada no armoniza muy bien con tan incomprensible ternura. Rióse de mis dudas y díjome que, como todas las damas francesas, miraba yo con desconfianza el carácter de los españoles, pero que suponía francamente que, cuando los hubiese tratado algo más, los juzgaría mejor. Tuvo la bondad de rogarme que me detuviera para descansar algunos días en una casa de su patrimonio, cerca de Lerma, y agradeciéndole sus delicadas ofertas, asegúrele que con placer las aprovecharía si asuntos menos apremiantes me llevaran á Madrid, pero que le aseguraba no dejar de visitarla en la corte. Juntas estuvimos hasta la noche, y á la hora de acostarnos despedíme suplicándola que no dejara en olvido mi leal amistad.

Levantéme antes del alba, porque teníamos que hacer una larga jornada para recogernos en Aranda de Duero á la noche siguiente. El tiempo era menos cruel, pero la lluvia continuaba y el viento se hacía sentir. Cuando llegamos á la posada, el dueño nos dijo que tendríamos buen hospedaje, pero escasez absoluta de pan.—Por cierto—le dije—que no es fácil ni agradable prescindir del pan. En efecto, esta noticia nos disgustó de veras. Quise saber de qué provenía esta penuria, y me respondieron que el Alcalde mayor (que todo lo dispone, siendo á un tiempo Gobernador y Juez) había mandado recoger todo el pan y toda la harina del pueblo para distribuirlo proporcionalmente á las necesidades de cada vecino, obedeciendo esta disposición á los temores de una carestía, porque habiéndose helado el Duero, los molinos no podían trabajar. Esto nos puso en la necesidad de pedir al Alcalde el pan que nos era indispensable, para lo cual D. Fernando mandó á un criado en su nombre, el de los tres caballeros y el mío. Con tal abundancia fuimos atendidos, que nos alcanzó el pan recibido para socorrer á la familia del huésped, que bien lo necesitaba. No habíamos empezado á comer aún cuando mis criados entraron en mi habitación varios pa-

quetes de cartas que recogieron en la escalera de la posada. El que los llevaba, después de beber más de lo conveniente, habíase dormido, y toda la correspondencia quedaba expuesta á la curiosidad de los transeuntes. En este país el comercio no tiene orden alguno; cuando el correo de Francia llega á San Sebastián entrega todas las cartas á hombres que las conducen á pie y relevándose á trechos. Meten los paquetes en un saco mal atado y lo llevan sobre los hombros; de manera que, con sobrada frecuencia, los secretos de vuestro corazón ó de vuestra casa están á mano del primer curioso que convida con un jarro de vino al miserable peatón. D. Federico de Cardona, mirando los sobrescritos de algunas cartas, reconoció la letra de una dama por la cual manifestaba sentir interés, á juzgar por la impresión que le hizo aquella escritura y por la rapidez con que abrió el paquete. Leyó la carta y me la hizo leer, sin quererme decir quién la dictaba ni á quién iba dirigida, prometiéndome que al llegar á Madrid me enteraría de todo. Como el estilo fué muy de mi gusto, concebí la idea de copiarla para que por ella vieseis cómo habla una mujer española con el que motiva su amor. D. Federico accedió galantemente á mi deseo, y ahí va lo que copié:

«Todo aumenta mi aflicción; la embajada que vais á desempeñar me disgusta; eso, sin tener en cuenta que la distancia es un veneno contra las más fuertes voluntades. No puedo abrigar la esperanza de que un rompimiento entre dos naciones abrevie vuestra cruel ausencia, devolviéndome un tesoro que necesito para vivir. Entre todos los Príncipes de Europa, el que vais á visitar es el más amigo, lo cual augura lo difícil que me será volver á veros, cuando la derrota con que castiga Dios á los culpables para mí sería mil veces más dulce que la paz. Sí; aunque yo sufriera todos los desastres, viendo mis campos asolados, mis casas quemadas, perdiendo mi fortuna y mi libertad, lo daría por bien empleado si pudiéramos estar juntos, gozar el placer de miraros, pero sin haceros partícipe de mis desgracias. Por lo que os digo, podréis juzgar del estado en que me hallo, cuando pienso que vais á partir y yo no puedo seguiros,

porque mi deber ahoga los proyectos que podría realizar para consolarme, y os pierdo al fin cuando más digno de mi ternura os creo, cuando estoy más convencida de que me amáis y cuando más muestras de cariño me dabais. Fuera en mí obligación ocultaros mis penas para no aumentar las que sin duda sufrís; pero no sé llorar sin mostraros mis lágrimas, ¡bastante tiempo me queda para llorar sola! ¿No teméis que una pasión tan ardiente me mate y no podríais fingiros enfermo para no separaros de mí? Pensad en todas las venturas que para nosotros encierra esta proposición. Pero yo estoy loca, pues á escribirla me atrevo; preferiréis los mandatos del Rey á los míos y sólo conseguiría nuevas desdichas para mí sometiéndooos á tan dura prueba. Adiós; nada os pido, porque tengo que pedir os demasiado. Adiós, nunca me sentí de tal modo afligida.»

Cuando acababa de traducir la carta que os envió, el hijo del Alcalde me hizo una visita; era un joven que parecía tener formada de sí mismo buena opinión; un verdadero *guapo*, lo cual quiere decir: bravo, galante y hasta fanfarrón. Sus cabellos estaban divididos por una raya en medio de la cabeza y atados por detrás con una cinta azul de cuatro dedos de anchura y dos varas de larga, formando una lazada que caía casi hasta la cintura; llevaba calzas de terciopelo negro, abrochadas por encima de la rodilla, muy estrechas, como se usan en este país. Vestía chupa corta y jubón de largos faldones, de terciopelo negro labrado, con sobremangas colgantes de cuatro dedos de ancho. Las mangas del jubón eran de raso blanco bordadas con azabache, y en lugar de mangas de camisa de tela, llevábalas el *guapo* de negro tafetán, muy abolladas y con puños de lo mismo; arrollábase al brazo negra capa y empuñaba un broquel, que es una especie de escudo muy ligero y con una punta de acero en el centro; llévanlo estos *guapos* cuando salen de noche á perseguir su buena ó mala fortuna. Llevaba en la diestra una espada larga con cuya empuñadura hubiérase podido fabricar una coraza; como el uso de tales armas reclamaría un brazo de gigante para que de un solo golpe saliera la hoja de la vaina, ésta se abre apoyando el dedo en un resorte;

colgábale de la cintura un puñal delgado; la golilla de cartón, cubierto de fino lienzo, le mantenía el cuello muy estirado, haciéndole imposible todo movimiento; ni girar la cabeza, ni agacharla podía.

Nada tan ridículo como el alzacuello, que no es gorguera, ni valona, ni corbata; esta golilla, en fin, no se parece á nada, incomoda mucho y desfigura no poco. El sombrero era de ala exageradamente ancha, de baja copa, y estaba forrado de tafetán negro con una gasa muy grande alrededor, como la que llevaría un hombre por la muerte de su esposa. Me han dicho que la gasa es una señal incontrastable de la más fina galantería. Los que se precian de ser elegantes no llevan sombreros bordados, ni plumas, ni lazos de cintas de oro y plata; adornan su sencillo chambergo con una gasa muy ancha y muy negra, que les hace irresistibles para los más fuertes corazones. Los zapatos estaban hechos con un cordobán tan fino como la piel de guantes, abiertos á pesar del frío, ajustados y sin tacón. El guapo, al entrar, saludóme haciendo una reverencia á la española, con las piernas cruzadas, inclinando gravemente su cuerpo. Estaba muy perfumado; su visita no fué larga ni dejó de ser cortés; díjome que iba frecuentemente á Madrid, y que no se daba una sola corrida de toros en que no tomara parte. Como yo no podía olvidarme del abandono del correo, habléle del peatón á quien mis criados encontraron durmiendo en las escaleras, y me respondió que tales abandonos procedían del inaudito descuido, cuando no procaz avaricia del gran señor de postas, pero que si el Rey lo averiguaba no lo consentiría. Preguntéle si en España se viajaba en postas, y me dijo que sí, teniendo permiso del Rey ó del gran señor, el cual es siempre una persona de preclaro nacimiento, pues no daban caballos á quien no presentara una orden firmada en buena forma.—Pero—le objeté—un hombre que se ha batido en duelo y huye ó que tiene otras razones para ir deprisa, ¿qué hace?—Nada, señora—me contestó;—si tiene caballos propios los utiliza, si no compónese como se le alcanza. Cuando se quiere viajar en posta desde cualquier pueblo donde la corte ni el gran señor residen, basta obtener un permiso del alcalde. Satisfecha mi

curiosidad, retiróse luego el galante y bravo español, y nosotros cenamos juntos como de ordinario.

Ya llevaba una hora de sueño cuando me despertaron tañidos de campanas y ruido confuso de voces aterradoras. Ignoraba yo lo que ocurría cuando D. Fernando de Toledo y D. Federico de Cardona, sin pararse á llamar, empujaron la puerta, y á tientas, guiándose por mi voz, se acercaron (porque no tenían luz), y al tocar mi cama, envolviéronme con toda mi ropa, llevándonos á mi hija y á mí á lo más alto de la casa.

PALMERÍN DE OLIVA.

(Se continuará.)





EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

DIPUTADO Á CORTES

I

UANDO, hace muy pocos meses, dirigía á usted otra carta como la presente para expresarle las impresiones que había yo recibido presenciando los ejercicios prácticos de la *Escuela central de Gimnástica*, estaba muy lejos de sospechar que las ideas que vertí sobre la generalización de aquellos estudios y su aplicación á las aulas de primera enseñanza, en sustitución, desde la niñez, al servicio militar como hoy existe, había de verlas ensayadas tan pronto en el pabellón de acogidos del Hospicio, uniformados é impuestos en los primeros rudimentos disciplinarios de la milicia, para representar un papel decorativo en las fiestas que se han acordado en Mayo último para distraer con ellas el lamentable estado de penuria por que atraviesa Madrid. Pero el caso es que, si no en la corriente de lo económico, de lo eficaz y de lo útil, como aspiraba yo, el ensayo al menos se ha practicado, aunque haya sido por mera fórmula de hojarasca y novedad, y que todo el mundo, burla burlando, ha visto que el plan tímidamente por mí expuesto en mi carta, publicada en la REVISTA CONTEMPORÁNEA del 30 de Marzo,

lejos de ser el estrafalario parto de una mente visionaria, es susceptible, y muy susceptible, de fecunda realización. Este impensado éxito me anima á presentar á usted de idéntico modo otras ideas sobre otras cuestiones que siempre son digno objeto de la preocupación de los que sentimos el bien de la patria, conforme la ocasión las arroje al paso, para que mi propósito no parezca la inmoderada iniciativa de una actividad que no descansa en forjarse pensamientos que algunos podrían calificar hasta de perturbadores.

Hoy me hallo enfrente de una nueva cuestión: la cuestión ¿me atreveré á decirlo? de las plantas y las flores, con que viene á herir mi sentido de observación la Exposición que en estos instantes se está celebrando en el Parque de Madrid por iniciativa del Municipio de la capital, que preside nuestro antiguo amigo particular y compañero en las lides de la prensa, el Sr. D. Andrés Mellado. ¡Las plantas y las flores! ¿No parecerá á muchos el de las plantas y las flores asunto más baladí que el que ya traté respecto á la *Escuela de Gimnástica*, aspirando á sustituir la actual formación del ejército permanente y el sistema todo militar y de defensa que existe por unos cuantos maestros de cabriolas y unas numerosas escuelas de muchachos? Ni el rey Carlos III ni el rey Carlos IV consideraron la cuestión de las plantas y de las flores de la manera superficial y desdeñosa con que la conciben los que no han visto en su vida sino el clavel prendido entre los rizos de una mujer hermosa, el tiesto del balcón de la vecina, con cuyo maldito riego inunda todas las mañanas nuestro aposento, ó el manojito de rosas de Aranjuez con que la pringosa cocinera ocupa en el vasar de la cocina la jícara en que nos sirve el chocolate. Para tratar seriamente de la cuestión de las plantas y de las flores, Carlos III quiso traerse con espléndida y asegurada pensión de por vida, desde el lejano confín de Suecia, nada menos que al famoso Carlos Linneo, cuando éste había producido hacia sí la admiración de todo el mundo sabio con el descubrimiento de su sistema sexual de las plantas. Carlos IV, y en su nombre su ilustre ministro el Príncipe de la Paz, no sólo protegió las empresas de todos los que, alumnos del gran maestro sueco, salieron de España á explorar las

plantas y flores de las selvas primitivas del Nuevo Mundo; y si la bárbara revolución popular de 1808, que como todas las revoluciones de la muchedumbre son siempre olas de barbarie y montón desolador de arenas movibles del desierto, no hubiera, en odio al calumniado hombre de Estado, deshecho y barrido las estaciones de aclimatación por él fundadas para trasladar recíprocamente de Europa á América y de América á Europa las plantas y las flores propias de cada una de estas partes de nuestro planeta, España se habría adelantado en un siglo al impulso que por toda Europa después ha recibido el culto al reino vegetal de la naturaleza, con cuyo medio se han operado tantas conquistas gloriosas en el terreno de la ciencia, en el de la utilidad mercantil, en el de los progresos de la industria, en el de la comodidad para la construcción, para el alimento, para el vestido del género humano y, últimamente, para el recreo del alma, la dulcificación de las costumbres y el deleite de los sentidos.

Pero el caso es que las cosas pasaron como Dios ó el diablo quiso, y que nuestro papel era el de la más amarga resignación, cuando felizmente ocurrió el restablecimiento de la monarquía constitucional y legítima, después de la última orgía democrática de 1868. Vino entonces del santuario del ostracismo aquel joven y gallardo monarca Alfonso XII, cuyo grato recuerdo nunca puede borrarse del corazón de los que saben sentir afanosas emociones por la suerte de la patria; le preparó el camino y se puso al frente de su Gobierno el hombre ilustre de Estado, nuestro amado jefe, el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien la nación, la corona, el pueblo, la paz, el orden, la libertad, el progreso, la instrucción y los intereses deben tantas obras sublimes de reparación; y rodeado éste de hombres de voluntad tan resuelta como la suya, para secundarle y auxiliarle en todas sus empresas generosas, ocupó el Ministerio de Fomento, con otros auxiliares suyos á la vez en cuya falange activa y gloriosa usted tenía gran puesto, aquel Conde de Toreno, aquel amigo de nuestro corazón, en cuya prematura y lamentable muerte ha perdido España y el porvenir tantas nobles esperanzas. De aquel conjunto de hombres ilustres en tan diversas jerarquías brotó la idea de establecer

los actos de competencia que se llaman Exposiciones, y que bien dirigidas son estímulos tan poderosos de adelantos fértiles y positivos, y una de aquellas Exposiciones fué la que tuvo por objeto restaurar en cierto modo, aunque dentro de los términos de nuestra actual posibilidad y de las exigencias contemporáneas, aquel culto dulce y agradable de Carlos III y de Carlos IV hacia las plantas y las flores, que después de la ola napoleónica y revolucionaria de 1808 á 1815, adquirió fuera de nuestras fronteras tantos augustos prosélitos en todos los monarcas y en todos los próceres y en todos los hombres opulentos de Inglaterra, de Holanda, de Bélgica, de Francia, de Alemania y de Italia.

Sí, mi querido amigo: al Rey D. Alfonso XII, al Gobierno que presidía el Sr. Cánovas del Castillo y á los hombres que le servían, se debió en 1877 la iniciativa de las *Exposiciones de plantas y flores*, que en los trece años desde entonces transcurridos han cambiado por completo las tendencias, el gusto, las aficiones, la dirección de los esfuerzos, los estímulos de la competencia y los horizontes de la utilidad, en medio de la ingénita apatía ó de las torpes rivalidades, que son los caracteres precisos y permanentes que individualizan á nuestra raza. Entre aquellas primeras Exposiciones y las últimas que se han celebrado ¡qué diferencias tan notables! ¡qué progresos tan rápidos! ¡qué desarrollo de afición y de gustos! ¡qué vuelos de inteligencia! ¡qué cambio tan radical! Pero de aquella primera iniciativa brotó el impulso; y si para obstruir su espléndido desenvolvimiento se despertaron á veces el espíritu de la especulación, los egoísmos y los monopolios, más ó menos frustrados, y las rivalidades enconadas y hasta vengativas, que han dificultado la rapidez y la eficacia de los progresos más rápidos, éstos se afirman más cada día, como lo demuestra el espectáculo que ya hoy nos ofrece la situación de las cosas, según podemos observar en la Exposición que se está celebrando en el Parque de Madrid. Ahora lo que se necesita es imprimir al conjunto de fuerzas un impulso inteligente para acabar de hacer fructífero y universal y ganancioso lo que hasta aquí sólo se sostiene de cierto medio artificial, mantenido á fuerza de costosos dispendios y considerables sacrificios.

II

Aun siendo así, ¿qué duda cabe que en los quince años últimos, la afición, el gusto y el cultivo de las plantas han tomado proporciones extraordinarias, que no se han limitado á las de puro recreo y ornato, sino que ya se propaga á las que constituyen explotaciones de mayor utilidad? Con el hábito de adornar con plantas plazas públicas y paseos, no solamente casi todas las capitales de las provincias del Reino, sino las poblaciones de mediana importancia, se han visto obligadas á mantener viveros para la repoblación de árboles y jardines para ornamentar los parajes, y aun los edificios públicos en las grandes solemnidades. La iniciativa particular no se satisface ya con la posesión de algunas plantas singulares, atavío precioso de patios y balcones domésticos. Las fortunas más medianas aspiran ya á los honores del jardín en sus propiedades rurales y urbanas, y las desahogadas forman del cultivo de las plantas mejor escogidas el encanto de sus casas y quintas de recreo. Los campos limítrofes á las grandes poblaciones y los lugares á ellas anejos, por la proximidad del término ó por la comodidad y frecuencia de los medios de traslación, se convierten en colonias encantadoras, donde establece su dominio espléndido la diosa amable de la dulce primavera. Las fortunas opulentas dan las naturales proporciones de su esplendor á estos sitios amenos de recreación íntima y de fausto social, y á ellas vienen de los países más lejanos, ó de los que están más adelantados en el cultivo y multiplicación de las plantas exóticas, las raras variedades de todo género que constituyen el tono de la moda, la corriente del gusto y la ostentación de la riqueza. De Francia y Bélgica se han traído á Madrid, á Barcelona, á Sevilla, á Málaga, á San Sebastián, á Burgos, jardineros educados en la última y más refinada expresión de este arte. En Madrid existe desde 1885 una sociedad de socorros mutuos de los de esta clase, *La Gardenia*, que cuenta

con 133 asociados. Otra sociedad, *El Progreso Agrícola*, comenzó á funcionar posteriormente, estableciendo un círculo de recreo, con una suscripción inicial de más de cien individuos.

Todavía en nuestra capital el signo de la alta jardinería se sostiene por la opulencia, y, prescindiendo de la Casa Real, que en la Casa de Campo, en Aranjuez, en San Ildefonso, en el Escorial y en todos los sitios reales mantiene la tradición, en ella secular, de la jardinería á la altura más consumada de los adelantos del tiempo, representan el más alto rango en la afición y en el sostenimiento de los jardines dotados de plantas las más varias, raras y costosas por su valor intrínseco y por su conservación y cuidado, los nombres de los Marqueses de la Puente y Sotomayor y sus hijos los Sres. de Cánovas del Castillo, del Conde de Montarco, de los Duques de Alba y de Fernán-Núñez, herederos de Indo, Pastor y Landero, viuda de Olea, Conde de Finat, Duquesa viuda de Medinaceli, viuda de Nájera, D. Rafael Cabezas, Canosa, D. Ramón Aragón, Anglada, Guilhou, Marquesa de Portugalete, Marqués de Linares, Noriega y otros. No obstante, casi en competencia con los de las grandes fortunas sociales en Madrid se han establecido, desde la restauración de la monarquía con D. Alfonso XII hasta ahora, muchos jardines industriales de gran aliento, como la *Quinta de la Esperanza*, el *Jardín de la Rosa*, la *Granja del Atanor*, la *Quinta de Buenavista* y las que llevan los nombres de sus propietarios y jardineros, Martín, Achilles y Abajo, Philippeau, etc. En los alrededores, de Madrid el recreo de los ricos y la especulación de la industria ha convertido algunas poblaciones en pequeños paraísos, y Aranjuez, San Fernando, Pozuelo de Alarcón, Escorial, Leganés, Ciempozuelos, Alcalá de Henares y otras semejantes se han enriquecido en ese mismo tiempo con muchos jardines auxiliares de los de la capital, ya para las necesidades del creciente consumo de plantas y de flores en el mercado progresivo de Madrid, ya para las aplicaciones de la vida cómoda y sibarita.

En algunas provincias estas aficiones se han desarrollado también modernamente, formando la vasta red con que se ase-

gura más y más por todas partes el evidente progreso hortícola que la moda importa desde la primera Exposición, de que usted fué el alma, por todas partes. No hablemos de Barcelona, que desde tiempo inmemorial ofrece al recreo de los opulentos la maravilla de sus *torres* y quintas dispersas en torno á la gran ciudad por todo aquel vasto panorama de la montaña y de la llanura que la cercan desde Gracia y Sarriá, hasta los pueblos de la desembocadura del Llobregat por detrás del cerro de Monjuich y hasta Badalona, San Andrés del Palomar y San Martín de Provensals por el lado de Mataró. En su *Rambla de las Flores* existe, también de tiempo inmemorial, el mercado diario de flores y plantas mejor organizado, surtido y variado que hay en ninguna otra ciudad de Europa. Allí, también desde los tiempos más antiguos, el carácter del cultivo y de la especulación de las plantas y de las flores lo forman el saber, el arte y el genio industrial y mercantil, de la misma manera que el carácter de la jardinería en Madrid será siempre la ostentación de la opulencia, y en Valencia, en Murcia y en Sevilla el exuberante vigor de la naturaleza. Pero ya sea ayudando á ésta, ya sea aplicando á su cultivo los esfuerzos del arte y de la moda, ya sea, en fin, teniendo por norte las ganancias de una plausible especulación, Zaragoza, Granada, Málaga, Santander, Bilbao y otras poblaciones importantes siguen el impulso de Barcelona y de Madrid, y así puede decirse que desde 1875 el movimiento cultivador de las flores se ha generalizado por toda la Península, constituyendo uno de los síntomas más positivos de los adelantos alcanzados bajo las palmas de la paz devuelta á nuestro país por aquel Rey D. Alfonso XII y por aquel Ministro, Cánovas del Castillo, fundadores de la era reparadora y fecunda, cuyas ventajas por todas partes se traducen en la efectividad de tantos bienes inapreciables.

Aun con estos elementos, aun con los que pueden prestar, además, nuestros Jardines botánicos, los de las Universidades, los de los Institutos provinciales, los de nuestra Escuela de Montes, los de nuestros Institutos agrícolas y los de nuestras Granjas modelos y experimentales, las Exposiciones anuales de plantas y flores no adelantan lo que parece que debieran.

Corren años, como el pasado, en que no se pudo celebrar. Las provincias han desertado de su concurso. Los progresos de los cultivos propios en el ramo de la jardinería y de la horticultura desaparecen bajo el ansia de exhibir únicamente lo extremadamente raro, excepcional, sorprendente, exótico, é importado á fuerza de dispendios de los centros donde el arte realiza las maravillas de la propagación y de la mejora de las especies, con una emulación creciente y de un modo que nosotros desconocemos. Todos los tributos del acatamiento se rinden á lo recreativo; nada se concede á lo útil. Todos los esfuerzos se dirigen á premiar las iniciativas particulares; nada se hace por establecer en la corriente del progreso aquellas otras de relación que, convirtiendo en colectivos los impulsos individuales, aseguren su estabilidad y establezcan los demás vínculos de su eficacia.

¿Se cumplen verdaderamente con esto los fines para que fueron creadas estas Exposiciones?

III

Sin ahondar en los litigios que han tratado de levantar los monopolios, que basta que lo sean para que deban ser condenados con la mayor energía, el examen más superficial de la Exposición que en la actualidad se está celebrando revela cuán en los principios nos hallamos de lo que deben ser estas festividades, para que no sólo cumplan su papel inevitable de espléndida ostentación, sino que alcancen los fines que más se deben perseguir en ellas, es decir, el progreso del arte, su propagación y su utilidad. Desde la primera *Exposición de plantas y flores* que se verificó en Madrid, éstas han tenido por locales: el Jardín del Buen Retiro, el Botánico, el Parterre y sus alrededores, el cuartel de la Montaña, en el mismo Parque, y el local de la Exposición de Filipinas, donde en la actualidad se halla instalada. Indudablemente ningún local menos á propósito que éste ha podido elegirse. Ya en la Expo-

sición colonial de 1887 pudieron observarse las desventajas que ofrece aquel vasto espacio encunado en un bajo, sin un árbol ni una sombra, bañado por nuestro sol que abrasa desde el primer anuncio del día hasta el último minuto del ocaso, donde desde las primeras horas de la mañana hasta las postreras de la tarde se desarrolla un calor inaguantable y contra el que no hay refugio de ningún género. El palacio de cristal, á pesar de los toldos con que se procura apagar la violencia de los rayos del sol, aumentada al pasar por aquellos discos de fuego, es un verdadero chicharrero, y desde el palacio central al estanque no hay guapo que atraviere desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde aquella subida por entre las dos sábanas laterales, que aunque revestidas de verde *pelousse* de césped con bellos adornos de flores, en nada entibian ni el rayo á plomo ni la reverberación del sol.

El cuartel de la Montaña, donde el Sr. Pastor y Landero trató de establecer el asiento permanente de la *Sociedad de Agricultura*, á pesar de encontrarse contiguo á la calle de Alcalá y al comienzo del paseo de los coches, resultaba demasiado distante para la población de Madrid. ¿Qué diremos del local este año elegido, para cuyo acceso hay que ir á pie sufriendo desde el Salón del Prado por uno ú otro de sus extremos las inclemencias de dos largas vías, ó faltas de arbolado protector ó dotado de árboles sin sombra? Ésta es una cuestión de gran importancia que los promovedores de estas Exposiciones deben tener siempre presente, pues, no siendo todavía por su importancia susceptibles de acarrear á la capital una gran masa volante que rompa por todo á cambio de satisfacer su interés ó su curiosidad, crea al reducido público de pago que puede suministrar Madrid un obstáculo más para hacer más invencible su apática meticulosidad. Es incontestable que las *Exposiciones de plantas y flores*, aun conservando su carácter limitado á la exhibición de los productos vegetales que contengan los jardines de Madrid y sus cercanías, no llamarán muchedumbre, mientras no se establezca un punto cómodo, regular y constante para su celebración, accesible á todas las posiciones, y sobre todo en local cerrado, como el Jardín del Buen Retiro, donde las instalaciones se reconcen-

tren y se alcance que, iluminándolo copiosamente con luz eléctrica, pueda convertirse en las noches agradables de la estación primaveral en el sitio de recreo más agradable que nuestra capital ofrece á los esparcimientos del público.

Lástima da, cuando se entra en el vasto campo de la Exposición que nos ocupa, la inmensa y casi perpetua soledad en que se encuentra aquella reunión de plantas tan bellas, tan pomposas, tan variadas y tan atractivas, á pesar de que es muy reducido el número de los expositores que á ella han contribuído. En la lista de éstos figuran: la Casa Real, y en su nombre la *Casa de Campo*, de que es jardinero mayor D. Francisco Armas; siguen los establecimientos científicos, el Jardín Botánico, cuyo primer jardinero y jefe de las estufas, D. Luis Vié, sirve este cargo desde 1857, y el Jardín de la Universidad Central, cuyo jardinero mayor, D. Fernando Corrales, ha sido alumno del Jardín Botánico. Los jardines particulares que han tomado parte en el concurso son: los del Marqués de la Puente y Sotomayor, Conde de Montarco, Palacio de Liria (Duques de Alba), Duque de Fernán Núñez, y algunos expositores de plantas singulares, como D. Juan Rodríguez de Hondedeus, que ha presentado un magnífico ejemplar del *Cereus speciosissima* (Reina de las flores) con 53 flores ó capullos de flor. El Ayuntamiento de Madrid, de cuyas estufas son capataces jefes D. Eugenio Crespo y D. Miguel Crespo, es, como de casa, el expositor más numeroso, y finalmente Mr. Martín, la *Quinta de la Esperanza*, Mr. Achilles y Abajo, Luis Chevalier, Philippeau, el *Jardín de la Rosa* y otros son los industriales que copiosamente han contribuído al verdadero esplendor de la Exposición actual.

El número total de pies de plantas que se calcula importadas á la Exposición, ya como objetos de ésta, ya como adorno de sus sábanas, cuadros, macizos y demás compartimientos del vasto local, llega á 50.000. Solamente el Jardín Botánico ha suministrado en *Helechos* 12 géneros y 34 especies, 14 begonias, 13 eucaliptos, 24 acacias, 6 géneros y 8 especies de *Araceas*, 19 géneros y 96 especies de plantas crasas, y 151 géneros y 229 especies de plantas de diversas familias; es decir, 191 géneros de plantas y 418 especies. Son ejemplares

notables una *Acordelínea* que mide 9,70 m., y es, por lo tanto, muy superior á la que presenta la Casa Real y á las cuatro del Duque de Fernán Núñez; una *Yucca draconis* de 6,35 m., una *Sterculia diversiflora* de 8,20 m., una *Casuarina leptocata* de 7,90 m. y una *Duranta elisia* de 7,35. En la colección de *Eucaliptus* se distinguen las variedades *botryoides*, *occidentalis*, *collosa*, *bicolor*, *rostrata*, *resinifera*, *rudis*, *viminialis*, *lemoxylon* y *gomphocephala*; en la de las *Acacias*, la *mucronata*, *eburnea*, *capensis*, *calamifolia*, *linearis*, *nematophyla*, *lesophyla*, *farnesiana*, *menaloxylon*, *holosericea*, *spectabilis*, *brachibotria*, *cyanophyla*, *sophanta*, *rostellifera*, *glaucense*, *dodonæfolia*, *longissima*, *cincinnatiata* y la *mimosa denartnii*, planta nueva, y aunque arbórea, sensible como la *pudica*, vulgarmente conocida con el nombre de *sensitiva*.

Entre los *Agaves* que el Jardín Botánico ha presentado, se halla el *dasylireodas*, que el año último floreció en su estufa, y cuyo tallo floral, que el pintor Lengo elogió desmesuradamente por su extremada gallardía, sólo comparable á la elegancia suprema de esta planta, se conserva en el Museo del Jardín. De este *agave* hay otro ejemplar aún superior al del Botánico en la Exposición: uno que presenta el Conde de Montarco (jardinero D. Domingo Ramos), y que alcanza la máxima perfección en vigor, lozanía y desarrollo. Son muy notables las colecciones de *aloes*, *cereus* y *euforbiaceas* que exhibe el Jardín Botánico, y sobresale entre las últimas un ejemplar del *Echinopsis oxygona*, sumamente bello. Es único en la Exposición, y sin duda en Madrid, otro ejemplar del *Encephalartus horridus* que, como las *acacias*, los *eucalyptos*, los *agaves*, las *opuncias* y la mayor parte de las demás plantas que el Botánico presenta, son producto de sus propias siembras. De sus siembras son el *Thea viridis*, el *Coffea arabica*, no tan hermoso como el que en flor y con el más gallardo desarrollo ofrece en la Exposición el Conde de Montarco; la *Vanilla aromatica*, la *Wigandia caracarcena*, la *Swainconia astragalifolia*, el *Cyperus papyrus*, el *Impatiens sultani*, la *Donstania argentea*, la *Aralia spinosa*, las tres variedades de los venenosos *Rhus viminialis*, *Rhus cavanillesis* y *Rhus toxicodendrum*, la *Gravillea robusta*, la *Corynocarpus lovigata*, los dos *Agaves geminiflora* y

daryliriodea, el *Ceanotus grandiflorum*, la *Stillengia setifera*, el *Callistemon rugulorum* y todas las variedades del género *Solanum* que del mismo modo presenta, y producto del mismo Jardín, por multiplicación, la *Dombeya mollis*, la *Metrosideros villosa*, la *Dammara robusta*, ejemplar único de esta especie de coníferas, y otra porción que escapan á mi memoria.

De análogos esfuerzos proceden las plantas presentadas por el Jardín de la Universidad Central: la *Araucaria excelsa*, magnífico ejemplar que preside un bello y rico macizo de *hortensias* en flor, y las begonias, aralias, palmeras, helechos y plantas crasas agrupadas en otros dos macizos en que se destacan un lindo ejemplar de la *Echeveria metallica*, otro del *Cereus ackemanni* y una *Rochea perfolliata*.

IV

Con todo, el núcleo de la Exposición es lo que se presenta dentro de los términos del Palacio de cristal. Ya en el pórtico, así como en el Pabellón árabe encima del lago y en el Pabellón indio donde el Sr. Sisay de Andrade presenta los productos artificiales de su invención, de que me ocuparé luego, se destacan varios hermosos ejemplares de diversas especies de palmeras, procedentes del jardín del Sr. Marqués de la Puente y de Sotomayor, de quien son además los espléndidos *rododendros* y *azaleas* en flor que festonan en grandes cubetos la margen del estanque interior del palacio, formando la guardia de honor al macizo de plantas tropicales que al frente ostenta la Casa Real. El jardinero de ésta, así como el del Marqués de la Puente, han embellecido las trípodes sobre que sostienen, para levantarlas, algunas de sus plantas y los tiestos y cubetos que las comportan con envolturas frescas de musgos vivos, y forman el hermoso decorado en que destacan su relieve artístico, frente á la puerta de entrada, un sobresaliente *Coco fluxuosa*, de gran altura y aéreas y gallardas palmas, delante de cuyo tronco despliega en forma de abanico sus anchas

palas de más de un metro y medio de altura una espléndida *Sterlitzia augusta*, que algunos, no sé por qué, han querido confundir con la *Rabanella madagascariensis*. Al frente, en primer término, á los lados y en los bordes de todo el extenso y regio macizo, se distribuyen en artística aunque simétrica proporción helechos arbóreos, una *Dracæna draco*, varios hermosos ejemplares de la *Areca sapida*, un lindo *Philladen-drum bipinnatifidum*, varios *Pandanus*, una *Macrozannia spiralis*, á la que se le calculan tres siglos de existencia, el bello *Touger ciborium*, uno de los más hermosos helechos que se han introducido en nuestros jardines, la *Areca verschaffeti*, la *Kentia forsteriana*, varias *Latantias borbónicas* de espléndida cimera, las *Musas ensette*, que en las estufas del Botánico han alcanzado en poco tiempo un desarrollo casi monstruoso, las finísimas *Casuarinas* de filamentos que parecen de seda, las *Phoenix leonensis* y *dactillifera*, el *Phyllanthus arbutus*, las *Dracenas canncéfolias* y la *Cyathea medullaris*. En las platabandas, como plantas de adorno, hay además muy bellas *calceolarias* en flor.

A los lados del macizo central de la Real Casa, formando las naves del Palacio, se hallan instalados en otros dos macizos, dividido cada uno en dos secciones, á la derecha, el Duque de Alba y el Conde de Montarco; á la izquierda, el Duque de Fernán Nuñez y Mr. Martín. En la sección de la casa de Alba, todo traspira la suprema elegancia y delicadeza de sus aristocráticos dueños. Desde la planta más rara y rica hasta la más vulgar, todo huele y respira el ambiente de sus poseedores. Hay expuestas tres variedades de *geranios*, contra cuyos esquejes están confabulados todos los jardineros de Madrid, que acechan un descuido para arrebatarnos. Hay unos *coleus*, planta ya tan vulgar, que es preciso chillarlos. El ejemplar que exhibe del *Chamerops fortunii* es de lo más hermoso que existe en la Exposición. Los ejemplares del *Cycas revoluta*, de los que uno de ellos se encuentra con un brote de 22 palmas, hasta ahora agrupadas en forma de mitra, sólo tienen por rivales los que el Sr. Cánovas del Castillo no ha dejado salir de la linda *serre* de su huerta, y los que al lado de las del Duque de Alba también expone el Conde de Montarco, que en todo

aspira á la noble emulación de la primacía. La *Rhopala corvaidensis* y la *Persea gratissima* compiten con sus iguales del Jardín Botánico, y en el tumulto de las demás plantas expuestas se distinguen la *Corypha australis*, la *Wallichia porphyrocarpa*, la *Araucaria visbilis*, la *Kentia moorcana*, un *Ficus elastica variegata* y un *Ficus parcelli* en fruto, la *Sancheveria neo-zeelandhica*, el *Pteris umbrosa*, las dos variedades del *Anthurium warocqueannum* y *subsignatum*, la *Dracæna goldiana*, el *Phyllotænium lundensi*, la *Dieffenbacchia leopoldi* y el *Ihrinium lubbersi*.

Al lado de los Duques de Alba el Conde de Montarco puede llamarse, por la riqueza de lo que presenta y el perfecto esmero del cultivo y conservación de sus plantas, el galán de la Exposición actual. Vegetales espléndidos de alta y baja cimera, plantas exóticas y de propio cultivo, todo, todo se encuentra, así en la parte del macizo lateral que ocupa, como en el arriate pegado al muro que cerca el cuadro de su instalación. La colección de los *Crotons* en esta última parte ofrece los ejemplares más peregrinos de la última novedad; la de los *Calladium* sostiene victoriosamente la competencia con las dos espléndidas colecciones que presentan los jardines industriales de Mr. Martín y de la Quinta de la Esperanza, donde se ha extremado el prestigio de la hermosura, del perfecto cultivo, del copioso desarrollo, obteniendo en colores y matices los resultados más atrayentes que hasta ahora se conocen. En *Aralias* presenta otra colección no menos rica, varia y numerosa, donde las variedades *Velchy*, *Guelfolia*, *Panans elegans* y *longifolia* son la última expresión del arte en los vegetales de esta especie. El *croton punctale*, el *andreamum*, el *cornutum*, el *irregulare*, el *volutum*, el *interruptum*, el *roseum pictum* y el *punctatum* sólo hallan rivales en belleza en el *Lady Celland*, *Queen Victoria*, *Warrenne*, *Makeseana* y *Mapangeanum*, individuos todos de esta misma peregrina colección.

En las *Casuarinas tenuens* compite el Conde de Montarco con las de la Casa Real y la del Duque de Fernán Nuñez; en la *Dracena lindini*, en flor, con la de la Casa Real; en las *Cycas revolutas* y en la *Alocasia metallica*, con las de la casa de Alba. Ofrece, además, ejemplares de extraordinario mérito y

gallardía del *Ficus percellis*, del *Phylladendrum perfussum*, del *Califa mosaica*, de hojas rojas y verdes, de la *Chancheria nobilis*, de la *Alpinia musans*, de la verdadera *Rabadella madagascariensis*, del *Pandanus utilis*, de la *Priscardia fillifera*, de la *Urtica argentea*, de la *Cycas circinalis*, del *Formium tenax variegata*, una *Camaedorea casperiana*, en flor, *Areca sapida*, *Lutecens* y *Bauerii*, el *Anthurium excelsior* y el *Andreanum*, *hortensias albas* y de hojas variegatas, y otra multitud de plantas bellas que harían su enumeración interminable.

No se ha presentado esta vez tan copioso de las riquezas que encierra en sus estufas el Duque de Fernán Núñez. Sus colosales *camelias* presentan, sin embargo, el ejemplo de una bien esmerada dirección y de un perfecto cultivo. Las *azaleas* y *rododendros* que esta vez ha exhibido no sostienen la competencia ni con los del Marqués de la Puente y Sotomayor, ni aun con los del Jardín Botánico; inferiores á la de éste son también sus cuatro *Acordelinas*, aunque siempre demostrarán el esmero del cultivo de su casa sus *Ficus*, sus *Helechos arbores* y sus *Marantas*.

Quien al lado se le presenta incombustible es Mr. Martín, con su jardinero Enrique Pertuis. Dentro y fuera del Palacio de cristal hace éste una ostentación lujosa, aspirando al primer rango entre los jardineros industriales de Madrid. En su macizo de coníferas, expuesto á la izquierda del estanque exterior, y en el que se observan más de cincuenta variedades de estas plantas, se hacen notar, como únicos, el *Pinus pallustris*, el *Abies engelmanni glauca*, con sus ramas de color gris, el lindísimo *Abies spectabilis* y el bello *Gingo biloba*, de hoja recia, triangular inversa, ancha y hendida. En otro macizo, próximo al anterior, de arbustos de jardín, se distinguen seis variedades de *Ilex*, ocho de *Acer* y una *Calmia latifolia*, de preciosa flor blanca, que aunque es la más común, es la más bonita. Otro tercer macizo, dentro del mismo dominio, contiene una gran colección de rosales de alta copa y francos de pie, injertos bajos. Se cuentan en él más de cien variedades, algunas de última novedad, como la *Curiace*, de flor blanco-violada, la roja *The Cerise pourpre* y la *Bianki*. De las demás variedades, son de extremada finura y belleza las que llevan los nombres

de *Coquette de Lyon*, *Mme. Devatry*, *Geant des batailles*, *General Duc d'Aymale*, *Mme. Chedane*, *George Llibert*, *Bouquet*, *Comtesse de Camondo*, *Jean Pernet*, *Niphetos* y *Reine Marie Henriette*; y entre los rosales bajos, *The puritain* y *Tantelle*, de última novedad, *Baronne Jean de Rothchild*, *Capitain Christie*, *La France*, de flor pálida, y *The Lamarcq*.

Dentro del Palacio de cristal, Mr. Martin presenta en colecciones numerosas y sorprendentes un grupo de *Gloxinias grassifolias* y otro de *Draccenas*, que son otros dos encantos de la Exposición actual. No hay pluma ni pincel que basten á describir las primeras, brillantes por la variedad y viveza de sus colores, por la numerosa abundancia de su florecencia, por el tamaño gigantesco de sus flores y por la finura y morbidez de su hechura. En la colección de las *Draccenas*, entre las que hay cinco variedades enteramente nuevas y que no tienen rivales, como son las llamadas *Doctor Poubelli*, *Comtesse de Pergorlay*, *Marquis de Beauvois*, *W. de Rottemound* y *Souvenir du Directeur Huet*, son, además, notables las conocidas con las denominaciones de *Mme. Bergeman*, *Prince de Manuburt*, *Montefontenensis*, *Saint Gatry*, *Cannæfolia*, *Directeur Alphand*, *Neo Caledonia amabilis*, *Truffanti*, *Verlotii*, *Stricta*, *Leopoldi*, *Stricta alba*, *Longifolia alba*, *Versifolia*, *Macrophilla*, *Attapurpurea*, *Umbaculifera*, *Marginata*, *Superba*, *Emille Chantrier*, *Mme. Lecocq*, *Vicomtesse de Belleval*, y otras.

Otra colección de *begonias bulbosas* de variada flor y una colección de doce *calladium extraforts* completan lo que Mr. Martin presenta fuera del macizo de la izquierda del Palacio, al lado del del Duque de Fernán Núñez. En este macizo Mr. Martin ha hecho espléndido alarde del almacén de plantas de superior importancia que posee. Solamente de palmeras ofrece sesenta variedades, entre las que descuella y se hace notar como único el *Ceroxylon niveum*. Allí las *Arecas rubra*, *sapida* y *versecheffetis*, seis variedades de *Paudanus*, siete de *Anthurium* y en flor espléndida de bermellón el *Andrenum grandifolia*, diez de *Maranthas*, entre ellas la *Zebrina*, aunque de éstas el Duque de Fernán Núñez ofrece mejor ejemplar; cuatro de *Aralias* con la *Chabrieli*, de más de dos metros de altura y de hermosa frondosidad; un *Thrinax graminifolia*, la *Ken-*

tia Balmoreana y la *Canterburiana*, la *Levinstonia Hoogendorpii*, el *Phoenix rupicola*, el *Coco Maximiliana regia*, la *Livinstonia rotundifolia*, la *Euterpe edulis*, y otras plantas que se pueden considerar como únicas, al menos en la Exposición, como la *Acanthophoenix crinata*, la *Sabel Blackburneana* y la *Latania rubra*. Otras plantas de las que Mr. Martin presenta son completamente nuevas, como el *Fricartis foliis variegatis* y la *Musa vitula*, de hojas variegatas también.

Si en algo compite la Quinta de la Esperanza con el anterior es en sus dos colecciones magníficas de *Calladiums* y de *Helechos*. Mr. Martín tiene la primacía de las *Gloxinias* de una manera indisputable: el honor de los *Calladiums* corresponde por voto unánime de la opinión á la Quinta de la Esperanza, aun teniendo que sostener la competencia con el Conde de Montarco y con la casa de Achilles y Abajo. En materia de *Helechos* los entendidos darán también un voto de calidad á la casa que ha presentado los lindos y copiosos ejemplares de la *Cyathea excelsa* en competencia con la Casa de Campo; el *Polypodium aureum*, el *Bhlegnum brasilense*, la *Osmunda regalis*, la *Selaginella marthensis variegata*, la *Lomaria zamicefolia*, el *Polypodium plantagenum*; la *Doodia caudata* y las variedades preciosísimas del *Adiantum fundi*, *mendulum*, *pubiscens*, *glacillimum*, *concinum* y *venustum*. La Quinta de la Esperanza tiene además en el Palacio de cristal las *Dracenas rigida é indiana latifolia*, la *Dioscorea discolor*, el *Piper nigricans*, el *Ficus macrophyla*, y otra multitud de plantas de este valor y mérito y que hoy constituyen el último rango en la corriente del buen gusto.

Colección de *orquídeas* nadie ha presentado, con ser estas plantas las que hoy tienen por todo el mundo el cetro de la jardinería. Las que procedentes de Filipinas posee el Ministerio de Ultramar en el mismo local de la Exposición y que se tienen á cargo de Mr. Philippeau, en lugar de haber sido ya distribuídas, como se debiera, entre los jardines del Estado, de las escuelas especiales y del Municipio de Madrid, se hallan en pésimo estado de conservación. Algunas se han multiplicado y las nuevas plantas de uno y dos años se hallan en situación más esmerada; pero aquélla es una estufa que debe

desaparecer, por no estar atendida como el cuidado de estas plantas solicita. El Jardín Botánico ha presentado algunas de no superior mérito y la casa Achilles y Abajo dos ejemplares en flor, uno bastante bello por tener la hoja variegata; pero las plantas más notables de esta casa se comprenden en la nomenclatura que hasta aquí he individualizado con tanta prolijidad: *begonias coccineas*, *nertheras repens*, *pteris onvalidii*, *kentias*, *arecas*, *ficus*, *aralias*, entre ellas la *Chaubrerii*; un *Cyanophyllum magniphicum*, *anthuriums*, *dracenas* y algunas palmeras sin nombre. La planta en general muy buena; así como la de las estufas del Ayuntamiento de Madrid, en las que hay un verdadero derroche de *begonias rex*, y de *Begonias bulbosas*, de esplendida flor, estas últimas importadas recientemente de Bélgica. Lo notable en la sección del Ayuntamiento no es la variedad ni la rareza, ni aun siquiera la magnificencia de las plantas, sino el número; pues, después de haber tenido que acudir con miles de pies de ellas al adorno de las *pelousses*, á los *macizos* y á las cinturas de los varios laberintos de césped, ocupa una instalación que mide 75 metros de longitud por 5 de profundidad. Esta instalación está dividida en 25 compartimentos, de cada uno de los que en la entrada pende una lámpara de flores vivas bellamente matizadas.

V

Aunque haya otros expositores, como el *Jardín de la Rosa*, á quienes dejo de examinar minuciosamente porque sus producciones no se distinguen de las relatadas, el cuadro general de la *Exposición de plantas y flores* que dejo descrito da una idea bastante exacta de su verdadera importancia. Tal vez merezca mencionarse, al menos, la colección de plantas del género *aurantium* que el *Jardín de la Rosa* expone en competencia con la colección que también presenta el Jardín Botánico, y de todas maneras el macizo de setenta variedades de *Pelargonios* de Mr. Louis Chevalier. La justicia me hace con-

signar aquí que hasta ahora en Madrid jamás se ha visto una colección de estas flores, que en los patios de Andalucía son de primera necesidad, ni más varia, ni más nueva, ni más fina. Las variedades que llevan los números 94, 663, 753, 774, 785, 795, 822, 857, 868, 890, 893, 894, 898, 918, 921 y 995, son de suprema elegancia y de deslumbradora belleza á que no iguala sino los que llevan los nombres de *Le 20 février*, *Ph. Belles*, *Blanche diamant*, *le Vesube*, *Sister of Mercy*, *Duke of Albanie*, *Mme. Geivinzki*, *Laberynthé*, *Berthelot*, *Beaty of Oxton*, *General Thibaudin*, *Devand* y *Mm. Foucard*.

Para complemento de este género de Exposiciones, el señor Sisay de Andrade presenta, en pabellón aparte, dos grandes vitrinas, una con imitación de flores naturales y otra de frutos, y cuatro medallones de comedor con ramos de las primeras. Los productos artificiales del Sr. Sisay están ya reconocidos en su importancia y en su mérito dentro y fuera de nuestras fronteras. La última Exposición universal de París los admitió como excepcionales, después de cerrado el período de recepción, y los premió con una medalla de plata. Con las gomas, las resinas, las sustancias glutinosas y gelatinosas que la naturaleza y el arte preparan hoy y llevan á la última perfección, el Sr. Sisay ha consagrado su vida á reproducir del natural toda clase de flores y frutos, sin despojarlos del menor detalle fisiológico de que los dota la naturaleza en cada uno de los diversos períodos de la floración y de la desfloración, de la fructificación y de sus accidentes. El objeto que el Sr. Sisay persigue es el de lograr fundar un *Museo hortícola central* en España, donde los productos de su arte, llevados á la extremada perfección que él ha conseguido, hagan permanentes los medios de estudio de las flores y de los frutos vegetales que la naturaleza no ofrece sino en sus períodos respectivamente característicos.

El pensamiento del Sr. Sisay ni es nuevo ni ha dejado de ensayarse otras veces, aunque sin alcanzar los resultados que su genio ha obtenido. En el mismo Jardín Botánico de Madrid, fundado por Carlos III, ha habido en el siglo pasado y parte del presente escuela de flores artificiales para producir estos ejemplares, dispuestos para el estudio constante, y todavía,

aunque estropeados por la acción del tiempo y la falta de consistencia de los materiales con que estaban contruídos, se conserva en el museo del referido Jardín una colección numerosa de estas flores. Pero el Sr. Sisay ha llegado á tal perfección que el ojo más avezado á la observación de las plantas no distingue entre las que produce su arte y las que produce la naturaleza. En la vitrina de las flores las hay del *Cereus speciosissimus*, del *Lilium auratum*, de la *Amaryllis Fonsoni*, de la *Escretepia carnosá*, del *Iacynthus hortorum*, de la *Slanhopee oculata* (orquídea), del *Cypripedium insigne* (ídem) y diversas variedades de rosas, pasionarias, ramos grandiosos de magnolias con todos los estados por que pasa su florescencia desde que aparece el capullo hasta que cuaja la semilla. La imitación es perfecta: tallos, hojas, zarcillos, pétalos, estambres y todas las demás partes de cada planta son un trasunto fiel de la naturaleza que rivaliza con ella. Lo mismo sucede con los frutos: uvas, peras, manzanas, melocotones, dátiles, almendras, higos, granadas, ciruelas, limones, naranjas, membrillos, rábanos, cebollas, patatas, guisantes, habas, pimientos, espárragos, todo presenta la misma perfección. Muchos ejemplares están partidos, ya en el sentido longitudinal, ya en el horizontal, para apreciar el aspecto interior de cada fruto. Los limones así partidos parece que echan zumo; los rábanos presentan la rara formación de sus células. Es una obra en que el arte y la ciencia se asocian para obtener resultados imprevistos y sorprendentes y es indudable que en sus productos debía fijarse la Dirección de Instrucción pública, para auxiliar la enseñanza científica de la floriación y de la fructificación de los vegetales.

Después de esta descripción tan prolija, muchos esperarán que la síntesis de mi juicio se revele en un voto absoluto de aprobación. Nada menos cierto. La Exposición actual y todas las que se celebren en esta forma y en este orden no constituirán ya en lo sucesivo sino una pugna de rivalidad entre los aficionados opulentos y los mercaderes de las plantas traídas de los jardines extranjeros. Para seguir la obra de progreso que inició el Rey D. Alfonso XII y el Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo, se necesita ampliar los moldes á que ha quedado reducido este género de exhibiciones, que desde en-

tonces acá por tantas pruebas van pasando á causa de los monopolios que con ellas han tratado de ejercerse.

Cabalmente, nunca como ahora se ha llegado, en mi concepto, á la oportunidad de darles la amplitud que las convierta en una cuestión de interés universal. Y como para hacer estas cosas, que no se improvisan, hay que disponer de tiempo, espacio, actividad, perseverancia y genio, voy á emitir á usted sucintamente mi pensamiento.

La aproximación del momento en que España debe celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América por los españoles conducidos por Cristobal Colón es causa de que en estos instantes haya muchos que se ocupen en redactar los programas más sorprendentes para que esas fiestas tengan el relieve que por su excepcional importancia les pertenece. ¿No cree usted que podría ser empresa de utilidad inmensa, siéndolo de todas maneras de buen gusto, la celebración de una Exposición de plantas de los dos mundos, en que con estudios técnicos adecuados consignáramos y pusiéramos de manifiesto qué vegetales llevamos nosotros de Europa al Nuevo Mundo, y cuáles exportamos del Nuevo Mundo á Europa? En esta exhibición no entrarían solamente las plantas de adorno, sino las de utilidad en la inmensa esfera del alimento, del vestido, de la medicina, del tocador, de la industria, de la construcción y del mobiliario.

Para disponerse á esta gran empresa, á que podrían invitarse todos los países que durante el siglo XVI estuvieron sometidos á nuestro imperio, Portugal, Italia por Nápoles, Sicilia y Milán, Francia por la Argelia y Túnez, Alemania por Alsacia-Lorena, Bélgica y Holanda, y en ella tendrían por vez primera una participación numerosa no sólo todas nuestras provincias de América y los Estados que fueron de colonización española, sino nuestras actuales provincias y posesiones de África, desde Canarias á Fernando Poo, y del extremo Oriente desde Filipinas á las Marianas y Carolinas. Sería necesario formar en Madrid una gran comisión donde se diera parte proporcional y activa, no á ningún elemento político, sino meramente á los técnicos y á los que sin ser técnicos estuvieran acreditados por la afición conocida á las plantas. Tenemos

nuestras Universidades con las facultades de Ciencias, de Medicina y Farmacia, relacionadas todas con esta parte del reino de la naturaleza. Tenemos nuestras Escuelas superiores de Montes y de Agricultura. Tenemos nuestros Institutos provinciales donde la botánica rudimentaria entra en los límites de los estudios oficiales. Tenemos nuestros Institutos agrícolas y otra multitud de establecimientos públicos similares. Con los hombres eminentes de estas carreras, los aficionados insignes y los elementos de la Administración oficial, indispensables para poner en movimiento dentro de nuestro país y de sus posesiones, y con las Cortes extranjeras, de cuya cooperación solicitaríamos el auxilio para tan laudable tentativa, indudablemente podríamos realizar una obra universalmente fértil y útil.

Vertida la idea, aquí dejo la pluma. No me faltan detalles con que acompañarla, pero el adagio dice: *intelligenti pauca*, y usted tiene demasiada penetración para ahondar bien mi pensamiento.

JOB.





PALABRAS Y PLUMAS

- I. Recepción de D. Francisco A. Commelerán en la Real Academia Española.
- II. Baile de *blanco y negro* en el Teatro Real.

I

Necesita la Academia hombres afamados que con su gloria la hagan brillar, y hombres laboriosos que con su trabajo la hagan vivir.

TAMAYO Y BAUS.

HACE año y medio que mi pasión por la literatura y la saña implacable que me inspira siempre la injusticia dictáronme un artículo, ni muy bueno ni muy malo, pero que franca y noblemente transcribía mi pensamiento. Tratábase de la elección de un candidato en la Real Academia Española, y me limité á recordar á los bullangueros:

Que nadie, sin pruebas críticas irrefutables, puede tachar á una corporación oficial cuando hace uso de sus atribuciones.

Que sólo cuando los académicos fueran elegidos por un sufragio universal podría el público indocto (del cual soy parte, á gran honra mía) tomar cartas en sus asuntos.

Que, pues necesitaba la Real Academia hombres famosos para su gloria y hombres laboriosos para su trabajo, sabría mejor que la prensa y el público cuál debía ser el candidato preferido según fueran en un momento dado sus conveniencias.

Que, presentándose por un capricho de la suerte juntos á las puertas del sabio instituto dos personajes que sin disputa merecían entrar, y no pudiendo hacerlo ambos á un tiempo, era inevitable que la razón ó la suerte del más afortunado se patentizara, pero que sería malicioso de sobra suponer en un casual antagonismo vencimiento ni palma, pues quien esperando quedara no había de sufrir muy larga espera.

Esto escribí, con otras cosas que me parecieron del caso, y algunos días después, debiendo á un cariñoso amigo la honra de ser presentado á una ilustre y famosa escritora, gloria de nuestra patria, oí tan atento como quien conoce lo mucho que le hace falta saber, una larga conversación entre dicha dama y un aristócrata académico; larga he dicho, pero no interesante y substancial, y bien lo pude añadir. Claro es, que se trataba en ella del asunto Galdós—Commelerán, estando de acuerdo ambos interlocutores en poner muy por delante—como yo lo hago—al novelista, y aun muy por encima, y al catedrático muy por debajo. Esto ya no puedo expresarlo gráficamente por no perturbar la composición de la página.

Yo escuchaba, como he dicho, y aprendía muchas cosas; pero lo que no pude sacar en claro fueron razones que me patentizaron la necesidad inevitable de que Galdós entrara en la Real Academia primero que Commelerán, y desde aquel día me afirmé de nuevo en mis *indiferencias*, desconfiando de que nadie me probara lo que no probaron una tan ilustre y sabia escritora y un tan aristocrático académico.

Pero como hubo un momento en que la señora pareció interesada—por cortesía, bien lo supongo—en que yo diera mi parecer, dije tímidamente:

—Yo no puedo profetizar; pero si ahora nombran académico al ilustre profesor de latín, se arregla todo con ofrecer al inmortal novelista la primera vacante.

—Si esto sucediera y Galdós aceptaba—contestó la dama con vehemencia,—no volvería yo á saludar á Galdós, y le quiero mucho.

Supongo que la mano que trazó los cuadros *de mi tierra* seguirá estrechando la que nos regala *Incógnitas y Realidades*, á pesar de aquel propósito y de aquellas acaloradas palabras; de manera que, aun á riesgo de resultar poco galante, me alegro de haber acertado, pues ocurriendo así las cosas como han ocurrido, Galdós, la Real Academia, el público, la dama, el aristócrata, Commelerán y hasta este desdichado escritorcillo estamos de gran enhorabuena.

Tomo nota de tal incidente, y podría contar otros muchos en que intervinieron apasionados y enardecidos, presentando juicios absurdos, altos personajes de nuestra literatura, para recordar cuánta polvareda levantó aquel suceso y cuantas hablillas y exaltaciones ocasionaba.

El 25 de Mayo de 1890, la Real Academia Española recibía, en sesión pública y solemne, al Sr. D. Francisco A. Commelerán, y este señor se presentaba con un discurso elegante y primoroso, en el que se desenvuelve un tema de todo punto científico, que contestó el Excmo. Sr. D. Juan Valera con otro no menos claro y correcto, del cual trataremos más adelante.

Veamos primero quién es Commelerán, ese desconocido que asalta los más elevados puestos de las letras castellanas, contra el deseo de todo el mundo, contra la voluntad—según se afirma—de los mismos que le ayudan, contra el cielo y la tierra que, sin poder vencerle, retíranse cavilosos murmurando, y no devotas oraciones.

Para conseguir tan altas empresas indispensable parece muy alto poder. ¿Commelerán es acaso algún infante de regia estirpe, algún duque, algún Rothschild, que ofrece millones ó poderío á cambio de un sillón académico?

No, señores: Commelerán es *nada más* que catedrático de latín.

—¡Ah, sí! Aprueba, sin merecerlo, á los hijos de sus amigos. ¡Qué desfachatez!—pensarán algunos.

—Muy grande—diré yo,—porque los defensores de su

candidatura, D. Antonio Cánovas, D. Manuel Tamayo y D. Manuel Cañete, ¡no tienen hijos!

¡Casualidad como ella!

D. Francisco A. Commelerán y Gómez pertenece á una familia modesta; hizo sus estudios en Zaragoza, y á los veintidós años vino á Madrid, ganando por oposición la cátedra que todavía desempeña, para su gloria y provecho de la estudiosa juventud.

Hacia el año 70 ya tuvo protectores bastante fuertes para que le abrieran paso en la primera Universidad española; su vida tranquila, retirada y laboriosa le ha conquistado innumerables relaciones; sabido es que nadie necesita bullir ni moverse para que le atiendan y consideren. Basta ser muy oscuro, muy vulgar, muy desconocido, y un día ¡zas! le dan á *uno* cualquier cátedra vacante; y otro día ¡pun! le regalan un sillón académico.

Seamos una vez justos y razonables. Mucho se abusa del favor, muchas veces ignominiosamente se humilla y abate á quien merece, para ofrecer ayuda firme á quien menos vale; pero nótese cómo salen gananciosas en estos enjuages la popularidad, la fortuna y la heredada nobleza.

¿Será lógico imaginar que alguien se venda y adule á un pobre, débil y por todas partes desvalido? ¿Cómo suponer que talentosos y renombrados personajes tuerzan la ley—que á la fuerza se rinde tantas veces—para que prospere un hombre sin talento, sin aristocráticos títulos y sin productivas haciendas? ¿Cómo suponer que un *monstruo* de orgullo, un *prodigio* de independendencia y un *asombro* de tiranía se aúnen para renunciar á sus más constantes propósitos, llevando á término en comandita una inconveniente acción?

En tiempos de revolucionarios entusiasmos, Commelerán que, al decir de algunos, era ya *retrógrado*, ganaba sus oposiciones justificando sus esperanzas; en días prósperos para las ideas liberales, realiza sus deseos, venciendo siempre cuantas dificultades á su paso se oponen. ¿Será lógico suponer que para una medianía sea ventajoso navegar contra la corriente? ¿Será tampoco acertado por parte de sus enemigos dar tal importancia, tal dominio invencible á las ideas

políticas que profesa el Sr. Commelerán, suponiendo que llevándolas por bandera nadie y en caso alguno encuentre escollos? ¿No es más natural, más fácil, más justo, más *corriente*, afirmar que nuestro nuevo académico, gracias á sus estudios nada comunes y á su inteligencia nada vulgar, consigue, *á pesar de sus ideales*, lo que otros lograron gracias al vocerío de una indocta multitud ó al favor de un Gobierno agradecido?

El análisis de las gramáticas española y comparada y el diccionario latino etimológico, podría prestarnos argumentos bastantes para comprobar en un terreno puramente científico los méritos del ilustre catedrático; pero á mi juicio los anteriores razonamientos, insuficientes para convencer á rabiosos enemigos, parécenme bastantes para la reflexión de los que incautamente se dejaron seducir por el alboroto de la cencerrada.

El discurso leído por D. Francisco A. Commelerán en el acto de su recepción, no es un trabajo erudito de los que tienen por objeto único probar la sabiduría más ó menos indigesta de quien los ofrece, sino un estudio moderno y acabado de un tema verdaderamente interesante. Trata de las *leyes que regulan las transformaciones que, en el estado actual de nuestra lengua, sufre en su elemento fonético la palabra latina para convertirse en castellana*.

Hé aquí cómo en los preliminares concisos y atinados de su obra, plantea brevemente asunto de tal importancia:

«Las transformaciones que vamos á estudiar son el resultado natural y lógico de la acción de estas dos fuerzas. La conservadora ó tradicional da la materia; la innovadora ó evolucionista la transforma. ¿Cómo? La observación ha demostrado que al pasar de un idioma á otro una palabra en labios del pueblo, toma formas más acomodadas á las aptitudes de nuestro aparato vocal y más gratas al oído. Dos son, por tanto, las leyes fundamentales á que se encuentra sometida la potencia evolucionista ó innovadora en la vida y desenvolvimiento de las lenguas: una de carácter esencialmente fisiológico, que le obliga á procurar la más fácil emisión de los sonidos, y otra esencialmente estética, que le exige que

en nuestros oídos produzcan impresión grata y armoniosa. Facilidad y armonía: hé ahí los dos principios á que obedece siempre la transformación de los sonidos, y may principalmente en la derivación latino-hispana.»

Inmediatamente describe las modificaciones que sufren las vocales, para tratar después de las que transforman á las consonantes.

Quien menos provecho saque de tan profundo estudio no dejará escapar sin duda esta observación. Las lenguas y los dialectos modernos, ni son obra de un día, ni responden al capricho de algunos atrevidos innovadores. Tiene cada palabra, como cada individuo, una familia, una herencia; las necesidades y las condiciones del pueblo la variaron sucesiva y necesariamente; no por el gusto de hablar distinta jerga, sino por las facilidades que tal ó cual modificación les ofrecía. Como guarda el aristócrata los timbres de su linaje, debe un idioma, que no nació ayer espontáneo y libre, sino que sufrió por espacio de algunos siglos forzosa disciplina, guardar los moldes originales de sus formas, teniendo en cuenta de qué modo se generalizaron y admitieron las variaciones y procurando referir á las leyes descubiertas el sentido de nuevas voces.

Puede admitir el escritor en sus obras cuantas palabras le ofrecen la ciencia, la sociedad y la moda; pero al filólogo solamente corresponde pesar y medir, analizándolas, formas al parecer expresivas, pero que por mil diversas causas pueden ofrecerse—temporalmente al menos—indignas de hallarse justificadas por el diccionario de un idioma, el cual no debería incluir más expresiones que las científicamente deducidas y comprobadas.

Por este motivo la Real Academia Española obra cuerdamente reclamando para sus tareas á un profesor de idiomas clásicos, y obligada está en lo sucesivo á conceder cada día mayor importancia que á su elemento artístico á su base filológica.

El Sr. Commelerán, por su parte, al terminar su discurso, no deja de hacer á la estudiosa juventud un enérgico llamamiento cuando dice:

«Pasaron desgraciadamente aquellos tiempos en que el sol no se ponía en los dominios de nuestro poder político, y todavía alumbra, sin ponerse en ellos, los inmensos territorios en que domina con el noble pensar de nuestra raza la majestad severa del habla de Castilla, que es aún por fortuna, y á pesar de nuestros dolorosos desaciertos, la lengua de una gran familia, que cuenta setenta millones de individuos repartidos en ambos hemisferios. Aquel pueblo vigoroso, noble y cristiano que salvó la civilización europea y evangelizó el mundo descubierto por Colón, dejó impresos en su lenguaje, junto con la dulzura de sus sencillas y patriarcales costumbres, el vigor y la energía de aquella soberana altivez de su carácter, que le hizo después de Roma el pueblo más conquistador de la tierra; la nobleza y dignidad típicas, que le hicieron el pueblo más hidalgo y caballero; la esplendidez y riqueza de formas expresivas, hijas de aquella imaginación brillante y fogosa, que le arrastraba á las empresas más heroicas; y esa admirable claridad, que ningún idioma posee en tanto grado, y que no es otra cosa que el reflejo de aquella profundidad y solidez de pensamiento, que en nuestro siglo de oro hizo del pueblo español el maestro de todos los pueblos cultos. Lengua que tales excelencias atesora, que, por la perfección que ostenta casi desde su nacimiento, ha merecido ser la forma clásicamente escultural en que se encarnó el espíritu de un gran pueblo, y convertirse en verbo esplendoroso y magnífico de una de las más ricas y brillantes literaturas, es muy digna de que á su estudio se consagren inteligencias que en otros ramos del saber conquistan honra y provecho merecidos.»

El Sr. Valera, encargado de contestar al nuevo académico, hizo un discurso que ya calificué de concreto y claro; pude también apellidarle *transparente*.

Pero antes de referirme á un asunto particular, quiero decir cuatro palabras de la costumbre admitida, que no me parece justa, por mucho que retuerza el magín, pensando que al acatarla personas tan correctas, ilustradas y complacientes, debe ser cosa muy oportuna.

Cuando cualquier Academia elige, prefiriendo entre varios

candidatos á uno, es razonable suponer en el nuevo miembro condiciones, más que convenientes, necesarias para la corporación. El venturoso elegido está obligado á escribir un discurso para presentarse á sus amables compañeros; claro es que para tema de su trabajo escogerá lo más interesante y nuevo entre lo que más domine y le agrade. Teóricamente, cada discurso de recepción sería un collarcito de perlas y piedras finas.

Pues bien, un académico, encargado de recibir al electo, en vez de saludarle con un elogio de sus obras, no para satisfacerle, sino para probar las razones en que se apoyaba la corporación prefiriéndole á otros muchos: saluda por cortesía, elogia tímidamente y critica el discurso con altas miras, mostrándose muy superior en aquello que para el favorecido debería ser una especialidad.

Las recepciones así, más que la comprobación oficial y pública del criterio académico, más que una cortés deferencia para el recién llegado, parecen verdaderas *novatadas*, dando lugar á este cálculo desastroso:

Si yo, que ya estoy aquí, valgo más que tú, que ahora vienes:

Como mi antecesor dejó demostrado con pruebas, como las mías, que supo más que yo:

Como el instituto existe hace muchos años:

Y nadie ha entrado en él sin dar antes á sus talentos completo desarrollo:

Nuestro saber camina en progresión aritmética *decreciente*:

Y acabaremos en *cero*; no tiene vuelta de hoja.

¿Esto se proponen hacer patente los *famosos* que regatean méritos á los *nuevos*?

Limítome á ver en tan imprudente manía un *escape* de mal refrenados orgullos.

D. Juan Valera nos dice así al principio de su discurso:

«La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta á caprichos inestables de la multitud ni á decre-

tos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca á los que considera más aptos, aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

«La obra más importante en que se emplea de continuo es sin duda el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Durán y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa de los siglos medios, y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba á la guerra, entusiasmado por el heroico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.»

Después de citar muchos nombres famosos, añade:

«Harto se entiende que yo no menciono sino á los que están ausentes y á los que ya murieron. Su mención sola autoriza á la Academia, después de haberlos elegido, á usar de la benignidad indulgente, eligiendo á alguien que no llegue á la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y además, yo entiendo que se dan casos en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo si no aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora á mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos para complemento y colmo de hermosura.

«No es menester, en el día de hoy, en justificación de la

Academia, apelar á lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían á los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y su notable conocimiento de la lengua y de la literatura españolas, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.»

Y más adelante:

«Si la empresa ha salido mal (refiérese á la última edición del Diccionario), esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corporaciones que se tenían por sabias, y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades, astrónomos, matemáticos, naturalistas, doctores en derecho, marinos, filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron á la consulta con grande abundancia de papeletas.

»Si todas estas papeletas son tontas ó disparatadas, resignémonos y digamos: sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?»

Y sigue luego:

«Yo confieso, no obstante, que á pesar ó más bien á causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo, si tuviese brío y perseverancia para tamaña empresa, ora con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes á su mandato y sujetos en todo á su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria.»

Evito comentarios para que á su gusto los haga cada cual en presencia de los párrafos transcritos, recordando que fueron pronunciados en sesión pública y solemne de la Real Academia Española. Doy por terminado este asunto, faltándome sólo una cosa que hacer:

Dar mil enhorabuenas al Sr. Commelerán.

Y otra cosa: Felicitar á *Miguel Escalada*.

II

¡Oh joven que vas bailando!
Al infierno vas saltando.

P. CLARET.

Cuando mis complacientes lectores recorran estas líneas, ya no quedarán del baile de *blanco y negro* más que algunas flores marchitas, algún amoroso recuerdo y algunas papeletas del Monte de Piedad.

El Teatro Real se había cubierto de tules y floridas guirnaldas para recibir numerosa concurrencia; muchas lámparas esparcían la luz eléctrica, parecida más que al sol á luna clara, y una orquesta lanzaba los acordados compases de la danza, transparentándose á través de los hilos de agua destilados por una empinada y agreste pared construída con musgo y corcho. Creo que hasta peces había en el pequeño y pedregoso estanque formado con tiestos y ramas; en el salón es de suponer que abundaron. La fiesta presentaba el carácter ingenuo y alegre de casi todas las fiestas á ella semejantes.

Al principio los concurrentes, muy sobre sí, recorren el *foyer* y los pasillos, buscan á sus amigas y se complacen contando las luces del techo, las flores de las guirnaldas ó el gasto de líquido que acusa la cascada. Éste oye con deleite lo que hablan amantes descuidados, aquél reniega de su esposa que se hizo acompañar, el otro busca inútilmente á su prometida; cuál espera lograr nuevos lauros en improvisadas conquistas; quién atiende, sobre todo, á los escotes y bracea con indolencia siempre á distintas alturas, según lo requieren las circunstancias, y no falta quien extasiado mira el agua, y se alegra viendo irisada por la luz descompuesta entre los prismas líquidos y murmuradores la pierna de un músico que le parece un pez gordo, acaso una ballena.

Transcurren las horas, y con el cansancio aumenta el pla-

cer, y mientras la atmósfera se hace pesada, crece la fácil alegría. Los rostros van tomando expresivo color, las miradas brillan, las espaldas, antes abandonadas, yérgense como palmeras; parece que ha soplado la felicidad, que allí todos van á ser dichosos, que todos aman, que todos esperan, que todos deliran..... Más tarde se amontonan las gentes en el *bufett*, gritan, alborotan; allí está la dicha. ¡Champagne! ¡Manzanilla! ¡Jamón en dulce! ¡Langostinos! ¿Cómo recordar en vuestra presencia las miserias humanas? No hay sillas, no hay mesas; al asalto, á la conquista. Necesito veinte dedalitos de coñac para enardecerme; todo es barato: nada más me cuestan 25 pesetas. ¡Adelante!

Luego las turbas, ebrias ó enloquecidas, con los bolsillos más enjutos, vuelven al salón; resuenan clamores de alegría. El público tonto, insustancial, el que no come, ni bebe, ni gasta, ya no existe allí. Se puede bailar; no hay estorbos; ya sólo queda el público que se divierte. ¡Á bailar! ¡á bailar!

¡Con qué primor se abrazan las cinturas! Á través de un corpiño de raso, de un corsé coraza y de una camisa de fina tela, se siente la piel ardiente y sudorosa. Los cabellos que rozan los labios, los ojos que amenazan incendios, la boca que jura y promete, los pies que, juguetones, se cruzan y tropiezan..... ¡Placer, placer, eres el dios del mundo!

La concurrencia disminuye, las parejas van hundiéndose tal vez en la *sima profunda de la cascada*, el perfume de las flores provoca inoportuna somnolencia, el vapor que despiden las carnes palpitantes aviva la sensualidad.....

Ya es muy tarde; las luces vacilan y las armonías de la música se apagan.

Amanece; llega el día; termina la fiesta..... y el aire fresco que nos hiere al salir á la calle disipa nuestros placeres y nuestros entusiasmos.

Volvemos á la realidad, al mundo, á la lucha, siempre azarosa y pesada.

Pero hasta para los que sufren sin descanso tiene la vida social atractivos y momentos felices.

El hombre de trabajo rudo, llevando pesada carga que le

hace sudar á chorros, un momento la olvida cuando la *bala rasa* calienta sus entrañas.

El que mata sus horas en la oficina, en el almacén ó en la holganza (ésta es la más penosa ocupación) busca también la *bala rasa* para enardecer su alma empobrecida.

Y á veces la encuentra en un baile de *blanco y negro*.

PALMERÍN DE OLIVA.

10 de Junio de 1890.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR DON JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

Continuación (I)

DEL CONDE DE SALDAÑA

DON DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL

COMENDADOR MAYOR DE CALATRAVA

HIJO SEGUNDO DEL DUQUE DE LERMA

ROMANCES

IV

Si fué el amor de dos años
Y en todos ellos tan firme,
¿Cómo, mi María, en un hora
Mudanza tan grande hiciste?
Es verdad que tus rigores
Te hicieron siempre invencible,
Mas no me podrás negar
Los servicios que te hice.
Ahora en los corazones
Es su centro y allí vive,

(I) Véase la pág. 373 de este tomo.

En unos se encubre más,
En otros no, aunque peligro.
Faltóte la confianza,
Y la envidia que persigue,
A los que quieren de veras,
A mí me dejó muy triste.
Cansástete por tu gusto
Y á mi desdicha rendíme
Que fiar desengañado
Es intentar imposibles.
Y aunque yo por ellos muero
En ver que tanto los quise
Mal pagado y bien celoso
Lloro de lo que te ríes.
De tu mucho entendimiento
El saber veloz corrige,
Que no merece tu dueño
Lo que le quieres y finges.
Las muchas obligaciones
Que me tienes, paga piden,
¿Pero cuándo la alcanzaron
Sino los necios y libres?
Dirás que vuelvo á cansarte
Y á decirte que te fíes
De una antigua voluntad
Que en un tiempo fué tan firme.
¡Plegue á Dios que estés contenta
Y que el dueño que escogiste
Te sirva con más favores
De los que ahora te sirvel
No llores celos jamás;
Todos tus cosas envidien
Y tan bien te quieran todos
Como tú mal me quisiste.
No tengas disgusto en nada;
Todo á tu gusto se pinte,
Y no vivas en aldea
Sino á do tu dueño vive.

V

No conozco bienes míos,
Y sé todos los ajenos,
Que para más pena mía
Así lo ha querido el cielo.
No hay pastor que no se alabe
De que le dicen requiebros
Sus pastoras; mas yo ¡triste!
No puedo alabarme de esto.
Précianse de buenos tales,
Yo también le tengo bueno,
Y aunque no soy entendido
Muy bien á todos entiendo.
Deben de ser liberales,
Pues yo ya de dar no tengo,
Por poeta me lo llevan;
Y así lo dicen mis versos.
Por callados ya lo ven;
Que si guardaran secreto,
Ni yo supiese sus dichas
Ni ellos fueran tan groseros.
Ventura es el ser amado,
Y desventura del tiempo
Que siempre alcanzan lo más
Los que saben querer menos.
Fiarse de la ventura
Quien la tiene, puede hacerlo
Que no ha menester más pactos
Para lograr sus deseos.
Saber poco y hacer mucho,
Solo en dichosos lo veo:
Que si el saber fuera dicha
No la tuvieran los necios.
Á mi desdicha, señora,
Conozco lo que la debo,
Pues no acabando mi amor
Sirve de encarecimiento.

VI

No merecen mis deseos
Que con tal rigor los trates,
Porque siendo de servirte
Los pagas con enojarte.
Mis firmezas te merecen,
No las mudanzas que haces,
Sino que pagues mi amor
Que si quieres muy bien sabes.
Del amor correspondido,
Aunque venturas le falten,
Sin ocasiones del gusto
Suelen sus glorias gozarse.
No te pido deseoso
Que venzas cosas tan grandes,
Porque ser agradecida
No puede culparte nadie.
La firme seguridad
Es la que hace á los amantes
Venturosos, que no hay dicha
Del tiempo, que no se acabe.
Desestima lo que quiere
Quien procura que le falten
Al respeto, los temores
Por aspirar á lo fácil.
Ofender lo que se adora
Es ingratitud notable:
Quien quiere más á su gusto
Que á su dama, no es amante.
No hay venturoso seguro,
Ni maltratado mudable:
Las amistades del cuerpo
No son tiernas amistades.»

Aquesto Salicio dice:
Que nunca podrá mudarse
Con sus desdichas, contento,
Y aborrecido, constante.

VII

Aquí donde tus favores
Han premiado mis verdades,
Adora, Marcia, tus bienes
Con la ausencia de mis males.
He visto, señora mía,
Que en tan peligrosa parte
Por osado soy dichoso
Que no hay dichoso cobarde.
Vencedor de inconvenientes
Olvido tantos pesares;
Pero no, que han de volver;
Porque es la dicha mudable.
De ser firme te prometo,
Y, aunque te mudes, constante:
Que estando tan obligado
No podrás desobligarme.
Honraré mis pensamientos
Con sólo saber amarte
Tan agradecidamente,
Que mi amor al tuyo pague.
Con merecer que me quieras
Pretendo, Marcia, obligarte;
Porque el bien en merecerle
Ventura será alcanzarle.
Si agradecido te ofrezco,
Señora, mis humildades,
Es por ver en la porfía
Que no hay humilde ignorante.

VIII

Libreme Dios del amor
Que no guarda ley á nadie,
Lisonjero y falso amigo,
Sujeto á mil novedades.

El que asegura y promete
Glorias muchas, siendo fácil
En él no cumplir ninguna,
Se ve que amor es mudable.
No quiero amor encogido
Que no hay amor ignorante,
Y el que teme sin razón,
No es justo que amor se llame.
Del mirar obligaciones
Despechos honrados nacen,
Pero no hay gusto por fuerza
Ni ley segura con arte.
La verdadera afición
Nace de seguridades,
Y amor que no está seguro
Será dicha de ignorantes.
No es tal la dicha en tenerle,
Que dichosos hay sin partes:
Ser solo en el bien ó el mal,
Esa sí que es dicha grande.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Dimes y diretes.—Las crisis á plazo fijo y el turno pacífico.—La situación eterna y feliz en el variable ciclo de las inmoralidades más asombrosas.

APURADA es la situación de un cronista de los asuntos políticos de España durante ese interminable período de expectativa á que se han condenado los más eminentes jefes de la oposición en las Cortes. Sagasta tiene todavía carta blanca y puede andar sin tropiezo por todos los caminos de un maquiavelismo siempre fecundo en sorpresas. No hay medio de hablar si no es repitiendo enojosos estribillos. La regia prerrogativa de la Corona se encuentra en el caso de una suspensión anómala, forzosa, nunca vista ni imaginada, hasta que se aprueben los presupuestos. Y los dichosos presupuestos no llevan trazas de aprobarse. ¿Qué hacer en este caso?

Cierto que nunca hubo mayor necesidad de hablar de administración y de política; pero todo queda dicho en el terreno de las hipótesis, y lo que necesitamos ahora son hechos. ¿Hasta cuándo han de durar las dudas y tardará el país en ver claro con qué evoluciones, inventivas y futilidades se prolonga una política imposible por lo desquiciada? Sólo Dios lo sabe. Por de pronto nos dice la prensa que razona:

«Hasta el día 1.º de Julio próximo, en que para cumplir el precepto constitucional, deben estar aprobados los presupuestos, faltan diez y seis días, y deducidos los tres domingos que caen en ese período, quedan trece días hábiles de sesiones de Cortes. Pero como hay tres sábados que se dedican á preguntas, interpelaciones y defensa de proposiciones de toda especie, resulta que sólo restan diez días de sesión para dedicarlos á los presupuestos. Pues bien, en esas diez sesiones tiene que discutir la alta Cámara todo el presupuesto de gastos (pues hasta ahora no se ha hecho más que comenzar), el de ingresos y el articulado de la ley; y en el Congreso queda por terminar el examen de los créditos ampliables y debatir la ley, que consta hasta ahora de 30 artículos, con más los votos particulares, adiciones y enmiendas que se han presentado y van á formularse todavía.

Á diferencia de las leyes de presupuestos que presentó el Gobierno conservador, la que se proyecta es un mosaico en que se comprenden las más graves y variadas cuestiones, y que, por tanto, exigen detenido estudio antes de resolverlas.

Vamos á dar una ligera idea de esas cuestiones principales: incautación por el Tesoro del producto en venta de los efectos de Guerra y supresión de los créditos de material de este ramo; tributos exigibles á las Sociedades de seguros, matrículas de las escuelas especiales, créditos para los Diputados y Senadores excedentes en sus carreras, reorganización de las Administraciones subalternas, fianzas de los recaudadores de contribuciones, aranceles consulares, carrera de intérpretes y diplomática, suspensión de la ley sobre arbitrios para construir la escuadra, reforma de la ley recaudatoria, separación de los recargos municipales sobre las cuotas de las contribuciones directas, conversión de las subvenciones á las Compañías de ferrocarriles y aplicación de los créditos que en su consecuencia resulten sobrantes, organización del servicio de la cría caballar, supresión de los créditos permanentes para la langosta y filoxera, concesiones á los Ayuntamientos para pagar sus débitos, prórroga para presentar á liquidación y pago de derechos reales los

documentos sujetos al impuesto, organización del presupuesto de Correos y Telégrafos, bases para suprimir las veinte Audiencias de lo criminal, haciéndose cargo el Estado de las obligaciones de segunda enseñanza, estableciendo en Guerra y Marina ordenadores de pagos nombrados por la Hacienda, centralizando en la Intervención general la de los servicios militares, y autorizando que se encargue la Sociedad Arrendataria de Tabacos de la expendición de efectos timbrados.

Además ha presentado un voto particular el Sr. Bergamín, que comprende doce bases, creando nuevos tributos, reformando otros, con objeto de extinguir el déficit, en que se comprenden cuestiones graves; la enmienda del grupo gamacista, que trata del impuesto á la renta; la de los Diputados catalanes sobre la reforma arancelaria, y otras varias de menos importancia. Por otra parte, se ignora si el Sr. Moret se decidirá á presentar el voto particular que anunció con su programa financiero y administrativo. Obsérvese que la mayor de estas cuestiones la ha planteado el dictamen que la Comisión de presupuestos presentó el 9 del actual, pues ha aumentado hasta 30 artículos los 18 que comprendía el que formuló en Abril, y al mismo tiempo se presentan las cuestiones de diferentes lados de la Cámara. Ahora bien: ¿hay tiempo para discutir estos asuntos? ¿Á qué obedece ese retraso en presentarlos y esa variabilidad de criterio en el Gobierno, la Comisión y la mayoría? ¿Adónde se va á parar por ese camino? ¿Quiere impedirse la legalización económica, ó arrancarse *ab irato* la aprobación de la ley?

El programa parlamentario actual no es fácil que se lleve á la práctica con las actuales Cortes. No será poco si el Senado puede, á pesar del tiempo escasísimo que le resta, discutir las líneas generales del presupuesto general. Pero ¿y las demás cuestiones que han ido llevándose al articulado? ¿Y las reformas que entrañan los problemas suscitados en los debates últimos?

Aún no se ha discutido la relación de créditos ampliables en el Congreso, y estamos á 15. Fíjese el Gobierno en este

asunto, y ya que tantas torpezas cometió, ya que tanto abusó de su poder, ya que ha derrochado el tiempo como nadie, díganos por caridad qué presupuestos van á ser esos que, presentados en primeros de Noviembre del año último, están sin discutir en la primera quincena de Junio, y qué va á ser de las difíciles cuestiones que su articulado entraña. Porque de todas las burlas que puede un Gobierno hacer, ninguna tan sangrienta como la de haber destruído un organismo económico y no haber pensado con qué podría sustituirle.»

Paciencia necesita ya el país para tolerar con calma espectáculos tan tristes y mixtificaciones tan imprudentes.

*
* *

La opinión general estima que, sancionada como está la ley del sufragio, y próximos á votarse los presupuestos, no tiene el jefe del fusionismo manera hábil y prudente de prolongar su vida en el Gobierno. No falta quien crea que en los últimos días ha modificado bastante sus anteriores juicios, y que ya ve imposible no plantear lealmente la cuestión de confianza en plazo brevísimo. Nos parece, sin embargo, que no ha de suceder así.

Las crisis á plazo fijo y los cambios de política en día determinado resultan de ordinario cálculos absurdos y pronósticos ridículos. En un buen sistema de gobierno, el turno pacífico de los partidos debe ser cosa determinada por la conveniencia pública, independientemente de detalles fortuitos y de sucesos accidentales; por cuya razón opinamos que, así como el Sr. Sagasta sigue en la Presidencia del Consejo desde hace meses contra todas las exigencias del buen sentido, podrá encontrar aún habilidosos medios de retener con sus maquiavélicas concupiscencias la cartera que codicia y parece caerse de sus manos. No es, además, un misterio para nadie que él mismo se vanagloria de *contar siempre con Palacio*. Le sobran elementos, le sobran habilidades para seguir tirando, y su bello ideal y su fortuna se han basado siempre en el aplazamiento.

Es verdad que los conservadores de mayor lucidez tienen

mucha razón cuando dicen: «Cinco años de gobierno presidido por el Sr. Sagasta no han dado para la Nación otro resultado más que aumentar el largo catálogo de sus leyes políticas, casi nunca cumplidas ni desarrolladas en la práctica, con algunas más, que aquélla no pedía ni necesitaba y que no afectaban en realidad sino á los partidos políticos y á sus competencias en el disfrute del mando.

Votadas y sancionadas se hallan hoy esas leyes; el partido conservador ha ofrecido respetarlas y aplicarlas lealmente al llegar al poder, después de haber prestado su concurso para su discusión; no volveremos, pues, sobre ese punto; no discutiremos más los hechos consumados. Pero el Gobierno del Sr. Sagasta, desconociéndose á sí propio, tanto como la nueva situación que, al cabo de sus cinco años de mando, se ha creado para el país, persiste en seguir gobernando, habla de nuevas campañas parlamentarias para sacar adelante las reformas sociales y leyes económicas importantes; pretende que las actuales Cortes discutan un sexto presupuesto, y busca, directa ó indirectamente, el modo de verificar la séptima crisis ministerial, que corrija la pequeñez é insignificancia del actual Gabinete y le habilite para una nueva etapa de indefinida duración.

No repetiremos que esta conducta es *facciosa*, aunque envuelve una prolongación de vida y de funciones de parte de las Cortes y una falta de respeto á compromisos solemnes de parte del Gobierno, que juzgamos abiertamente inconstitucionales. Dando mayor importancia á los hechos que á las palabras, nos limitaremos á consignar que, procediendo de esa suerte, el Gobierno del Sr. Sagasta incurre en una *aberración* perjudicialísima al país, á la Corona y al mismo partido pseudo-constitucional. Solamente un egoísmo grosero es capaz de extraviar el criterio del Sr. Sagasta y de sus amigos políticos hasta el punto de persuadirse de que, al cabo de cinco años de desconcierto económico y administrativo, de una política desenfrenadamente especulativa, sin asomos ni visos de positiva ni de nacional, y cuando uno á uno, la mayor parte de los notables que le ayudaron á constituir la situación han ido apartándose de ella y reivindicando su liber-

tad de acción, el partido fusionista se encuentra en aptitud para cambiar de rumbo y para acometer las reformas económicas y administrativas que el estado del país exige.» Todo es cierto, todo es exacto. Pero ¿qué le importan al Sr. Sagasta las buenas razones, si realmente consigue cuanto se propone y, lo que es peor, ha contado y cuenta también con el auxilio directo ó indirecto de los mismos que le advierten ó increpan? Las aberraciones dejan de ser tales para todo atrevido egoísta cuando son siquiera momentáneamente provechosas.

*
* *

Cada día prepara un espectáculo nuevo esta situación decadente. Cuando no estalla un conflicto, ó se pronuncia una disidencia ó se arma un motín. Y cuando esto último pasa, ó se suspenden airadamente las legislaturas, ó se retarda la discusión de leyes importantes, ó se incita á la huelga á las mayorías. Era lo que faltaba que ver, y para que figure en el proceso que el país ha escrito contra el Gobierno del señor Sagasta, ya no se echa de menos tal cargo. El Sr. Sánchez Guerra había combatido la incautación por el Estado de los bienes que pertenecen á los institutos, porque además de constituir un despojo de ciertas fundaciones, una vez consumidos los recursos echa una carga permanente sobre el Tesoro. Estos argumentos no pudo destruirlos la Comisión, y como al votarse la enmienda se iba poniendo de relieve que el Gobierno quedaba derrotado, los Ministros exigieron á los pocos amigos que les quedan que no entrasen en el salón á fin de que no hubiera número bastante para tomar acuerdo, y así lo hicieron, y resultó que la mayoría se declaraba en huelga, que el Gobierno obstruía los trabajos parlamentarios y que acude á todos los medios para ocultar las derrotas y entorpecer la aprobación de los presupuestos.

Hoy, si el caso de oponer obstrucción á algún proyecto de ley llegara, ya saben los adversarios del Gobierno lo que deben hacer: imitar á los Consejeros de la Corona y á los Diputados amigos suyos que abandonaron precipitadamente

el salón, y después decir en todas partes que se trataba de una sorpresa y por eso procedían de ese modo.

No sabemos si con estos escándalos que un Gobierno débil busca y una mayoría desgarrada por la discordia fomenta tendrá relación la última intriguilla del Sr. Presidente del Consejo; porque pretender aplazar las elecciones provinciales que debían verificarse en Septiembre, para que en ciertas esferas pueda decirse que se allanan dificultades al partido que sustituya al actual, dejándole libre la renovación de las Diputaciones, eso ha parecido á los hombres sensatos que no militan en las filas del fusionismo un ardid inocente.

Lo que con ello se persigue no es facilitar el ejercicio de la regia prerrogativa, sino embarazarla más con esa superchería de mala especie, impropia de un Gobierno formal. Detrás de este aplazamiento, si se lograra, vendría otro para la renovación de Concejales, y mientras tanto, el señor Sagasta procura ganar los meses del estío y los primeros del invierno diciendo en todas partes que no es culpa suya si la política no cambia de rumbos.

Á este propósito, leemos en un diario: «Se imagina el señor Sagasta que el país dejará de comprender desde luego que de lo que trata es de escamotear al partido liberal conservador tres ó cuatro meses que le son indispensables para la buena marcha que haya de emprender, si S. M. la Reina se dignara confiarle el decreto de disolución de unas Cortes que han concluído su mandato, que no pueden legalmente continuar, y si continuaran serían unas Cortes facciosas.»

Y añade otro periódico: «Contra el precepto terminante de la ley, que prescribe que la renovación de las Diputaciones provinciales ha de tener lugar en la primera quincena del tercer mes del año económico, propónese el Gobierno aplazar para Diciembre ó Enero esas elecciones.

Como para esto necesita el Gabinete presentar á las Cortes un proyecto de ley, y como para presentarlo ha menester que la Reina le dé el correspondiente decreto de autorización, confiamos en que no ha de consumarse lo que en la realidad constituiría una burla sangrienta hecha de la opi-

nión y de todos los adversarios del Ministerio, y una violencia tan grande y un reto tan audaz y una provocación tan insensata como jamás la ha realizado Gobierno alguno. Ocúltase ese propósito bajo la hipócrita máscara fabricada por el miedo del deseo de dejar en libertad completa á la regia prerrogativa; pero en el fondo palpita el anhelo egoísta de presentar así de soslayo la cuestión de confianza, para obtener de un modo capcioso una demostración que lleve al ánimo de las minorías el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos. Pero el Gobierno no comprende que ese plan se trueca necesariamente en su daño, porque si el proyecto autorizando el aplazamiento llegara á convertirse en ley, lo cual es muy dudoso, porque su discusión habría de ser más larga y más empeñada de lo que consiente lo avanzado de la estación, inmediatamente surgiría el problema de si este Gobierno merece confianza bastante para encomendarle las delicadas operaciones del censo.»

S. M. la Reina ha sancionado la ley del sufragio universal. Si el Sr. Presidente del Consejo tuviera memoria, hubiera recordado sin duda estas palabras por él dichas en ocasión solemne en 1886: «Como veis, Sres. Diputados, larga es la tarea que el Gobierno os ofrece; y aún falta algo para completar los propósitos del Gobierno, y es la fórmula del sufragio y la ley electoral que sobre ella ha de establecerse; pero lo mismo la fórmula del sufragio que la ley electoral no cree el Gobierno que deben ser presentadas en el momento, no porque tenga temor ninguno en abordarlas, sino porque *entiende que la aprobación de la ley electoral TRAE APAREJADA LA MUERTE DE ESTAS CORTES.*»

*
* *

En esta época tan fecunda en *irregularidades*, robos, hablando en castellano, no pasa un día sin que tengamos que registrar una nueva inmoralidad. Se recordará que no hace mucho tiempo se libró una especie de batalla campal entre matuteros y dependientes del resguardo, de resultas de la

cual están sufriendo prisión 41 individuos capturados por la Guardia civil, y uno que llegará mañana ó pasado á esta corte, pues consiguió fugarse.

Parecía que los dependientes del resguardo habían dado pruebas evidentes de su moralidad al emprenderla á tiros aquella noche con los defraudadores de la Hacienda municipal, y que merecían plácemes por su conducta; pero circulan ciertos rumores de origen autorizado que desvirtúan aquella creencia. Dícese que el jefe de los matuteros que pretendieron entrar matute aquella noche había hablado durante el día con varios empleados del fielato, á uno de los cuales le entregó cierta cantidad, haciéndole á la vez promesa de darle dos pesetas por cada maleta de vino que le dejase pasar sin satisfacer los derechos correspondientes.

Los empleados que tomaron parte en el *negocio* se colocaron en el fielato por la noche, no con ánimo de oponerse á la entrada de los géneros, sino con objeto de contar las maletas, para que por cada una pagase el introductor *dos* pesetas, y no pudiese engañarles sobre el número de aquellas que introducía. Habían pasado cuatro ó cinco, cuando los matuteros oyeron dos disparos. Uno de aquéllos le preguntó al que hacía de jefe si correrían algún peligro, y aquél entonces les contestó, según parece: «No haya miedo, muchachos; eso será que los amigos del fielato quieren hacer mejor el papel.» Pero no era esto, sino que otra ronda de dependientes que no estaban convenidos se apostó más allá del fielato, dispuesta á que no pasase ningún matute. En esto el jefe de los matuteros tuvo una disputa con el principal de los empleados que habían convenido el *negocio*, y el citado individuo se puso á disparar contra los matuteros para que algunos jefes que llegaron al ruido de los tiros y la Guardia civil no creyese lo que en realidad había pasado.

Los periódicos llegados de Barcelona dan también pormenores de otra nueva defraudación descubierta en aquella ciudad. Uno, después de decir que la atención pública está fija en el descubrimiento de esta *irregularidad*, dice: «Los recientes sucesos del Hospital de Higiene, que no sólo pusieron de manifiesto corruptelas en la manera de llevar la administra-

ción, sino que patentizaron escasísima escrupulosidad por parte de determinadas entidades; las faltas cometidas en las obras de las calles del Conde del Asalto y adláteres, llevadas á cabo por administración; los *matuteos* é imperfecciones en el ramo de consumos, que han ocasionado crecidas mermas á las cajas del Tesoro municipal, y, finalmente, ahora la *filtración surgida* en el Matadero, constituyen un núcleo tan compacto de desgracias administrativas en el funcionalismo municipal, que evidentemente demuestra con cuánta razón se pide luz y moralidad en la vida interna de nuestro Municipio.» Y más adelante añade: «Dícese que es innumerable el número de reses y hasta de rebaños que se han mantenido á costa del dinero de la ciudad, siendo sacrificados luego, sin que por esto satisficieran los oportunos derechos. Además, y para colmo de desdichas, se propala, con visos de certeza al parecer, la noticia de que, al igual de lo ocurrido en el citado Hospital, ha desaparecido el libro más importante para esclarecer este asunto, atribuyéndolo á extravío *involuntario*.»

Cuando un Gobierno como el que preside el Sr. Sagasta deja que la ola de la inmoralidad rompa todos los diques de la administración, y no solamente no procura castigar á los defraudadores, sino que tiene autoridades que, lejos de inquirir la verdad de los hechos, esperan á que el representante del Ministerio público, en nombre de la ley y con el beneplácito de la pública opinión, entable un procedimiento criminal para que reciban castigo los que cometan tales desafueros, es que asiste impasible á la ruina de la Nación, pues jamás Gobierno alguno ha llegado á tal colmo de descrédito.

Á este propósito leemos una observación muy oportuna: «Nadie duda del Sr. Sagasta, y nadie vacila en proclamarlo tan íntegro, tan honrado, tan enemigo de todo agio y de toda especulación como el que más presume de serlo. Pero á pesar de todo esto, el hecho es que al propio tiempo no hay quien pueda considerarlo como una garantía de moralidad, porque á su pesar, sin él quererlo, por cosas que no dependen de su voluntad, hay algo en torno de él que ejerce

en su vida política el deletéreo influjo que se atribuye á la sombra del manzanillo.

Será su apatía, será su carácter débil, será la exageración de los deberes de la amistad, será lo que se quiera, que nosotros ni saberlo queremos, pero ello es un hecho tan cierto como triste, y ese hecho es una verdadera desgracia, si se quiere una inmensa fatalidad que pesa sobre el Presidente del Consejo.»

En efecto, la historia política del Sr. Sagasta corre unida, por una especie de sino, á las mayores irregularidades. Desde el famoso expediente de los *dos apóstoles* en 1872, que costó la caída del Gobierno, hasta los últimos fraudes de consumos, no hay hecho grave que no se haya realizado siendo poder el jefe del fusionismo. Cuba, Filipinas, Puerto Rico, Cádiz, Málaga, Barcelona, Madrid, Badajoz y otras regiones y ciudades dicen con elocuencia que las filtraciones del Tesoro, las denuncias del ramo de Beneficencia, la falsedad en los expedientes de quintas, el agio en los asuntos administrativos, todo ha ido desarrollándose en los tiempos venturosos del Sr. Sagasta.

*
* *

Interrogado el Sr. General López Domínguez acerca de sus proyectos de conciliación, revisión constitucional y reforma del Senado, contestó que persiste en la conciliación, porque así cree prestar un servicio al país y á las instituciones; que en cuanto á la revisión, sigue creyendo que es conveniente se facilitan los medios de que pueda llevarse á cabo sin sacudimientos ni violencias; y respecto á la constitución del Senado, entiende que debe desaparecer el elemento vitalicio para ser sustituido por el electivo y de derecho propio, pero respetando para con los actuales Senadores los derechos adquiridos.

El Sr. López Domínguez toma sobre sí la dulce tarea de completar la obra magna del Sr. Castelar, aquel historiador famoso que no vacila en levantar á Heine el falso testimonio

de haber escrito el despropósito siguiente: «El estado de Europa demanda repúblicas gobernadas por monárquicos, ó monarquías dirigidas por republicanos.»

Lo que el estado actual de Europa demanda es más seriedad en los políticos, y sobre todo más conocimiento de las trascendentales cuestiones que nos dividen y provocan.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

París-Salón (1890), por LUIS ENAULT.—*París, E. Bernard y Compañía, editores.*—En 4.^o, 96 páginas con 48 fototipias. Precio: 5 pesetas.

De joya tipográfica puede calificarse este libro; todo en él es merecedor de elogio: el texto de Mr. Enault, que es un literato de gran valía y un crítico de justo renombre; las fototipias que lo adornan, exacta y artística reproducción de los cuadros más notables que este año se exhiben en París; la portada, que reproduce el frontispicio del Palacio de la Industria, en donde se verifica la Exposición de pinturas, y hasta el precio económico del volumen es acreedor á que se diga que parece imposible pueda darse por cinco pesetas reuniendo tales condiciones de lujo, esmero é interés. Acaso se explique en parte esto por lo mucho que han perfeccionado los procedimientos de fototipia los editores Sres. E. Bernard y Compañía.

Á estos mismos pertenece otro tomo, también de cinco pesetas y con preciosas y abundantes fototipias, *Le nu au Salon 1890*. Necesítase del talento privilegiadísimo de Armand Silvestre, autor de los artículos que acompañan á las

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

láminas, para acertar á escribir con tanto ingenio y delicadeza, que el lector siéntese maravillado por las filigranas de un estilo que acaso nadie domine tanto como Mr. Silvestre. Treinta y dos fototipias admirables contiene *Le nu au Salon* 1890 y treinta y dos son los artículos de Mr. Silvestre, con los cuales deleita al lector por modo indecible, pues hace con la pluma más primores que hizo el pintor con el pincel.

Quien adquiriera ambos libros, quedará satisfechísimo de su adquisición, porque valen mucho más de lo que cuestan.

*
* *

Infortunios y amor (*La novela de un maestro*), por EDMUNDO DE AMICIS. Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1890.—En 8.º, 534 páginas. Precio: 4 pesetas.

Este libro, como todos los del célebre escritor italiano, seduce por los primores de su estilo, la sencillez, no reñida con la hermosura, del asunto, la fidelidad con que pinta los caracteres y la hábil manera de tocar las fibras más hondas del sentimiento. La historia de un maestro de escuela desde que obtiene el título profesional, y lleno de amor á la niñez y de afán por instruirla va de aldea en aldea, sufriendo privaciones, odios y amarguras, que ya cae, ya se levanta de nuevo y reanuda el combate, forma el argumento interesantísimo de la obra. Bien se adivina que ésta encierra un problema de extraordinaria importancia: por motivos inexplicables, aquellos que dedican su labor, talento é instrucción á difundir la enseñanza elemental, son casi menospreciados y nunca se les recompensa como merecen. Amicis, que es el elocuente defensor de todas las buenas causas, sale ahora á sostener la del magisterio en un libro admirablemente escrito y magistralmente traducido al castellano por nuestro ilustre compatriota D. Antonio Sánchez Pérez.

*
* *

El diamante negro, por PEDRO SALES. (*Novela inédita.*) Versión castellana por A. y R. Revenga.—Madrid, La España Editorial.—En 8.º, 254 páginas.—Precio: 2 pesetas.

Poco conocido era Sales en nuestro país; pero las novelas suyas que ha dado á la estampa *La España Editorial* le han conquistado ya envidiable notoriedad. *El diamante negro*, como las novelas precedentes, es un libro de mucho interés, ameno, curioso, traducido fiel y correctamente por los señores Revenga.

* * *

Les révolutions de l'Art, por MAURICE VALETTE. *Lettre-preface de Mr. Gérôme, membre de l'Institut G. Gounouilhou, éditeur.*—Burdeos, 1890. Precio: 12 francos.

«Escribir la historia del Arte de todas las épocas, desde las más primitivas hasta nuestros días, apreciar la escultura, la pintura y la arquitectura de todos los pueblos, es trazar en cierto modo la historia del mundo, porque las artes son el reflejo de diferentes civilizaciones; expresan el genio, la tendencia de cada pueblo, sus costumbres, sus trajes, su manera de ser moral y material. Esto representa ciertamente un ímprobo trabajo, que habéis realizado con un conocimiento profundo de las cosas, con suma perspicacia, con altas miras, apreciando hasta los pequeños detalles, y todo sin decaimiento, sin orgullo, sencilla y sinceramente.

»El plan de esta obra es muy claro y muy lógico, los hechos se suceden naturalmente, sin esfuerzo, deduciéndose los unos de los otros, nunca interrumpidos, como los eslabones de una cadena. Por tales razones vuestro libro es á la vez agradable y al mismo tiempo instructivo, y se lee sin dificultad, porque gusta.»

Estos párrafos, traducidos de la carta-prólogo de Mr. Gérôme, son más expresivos que cuanto pudiéramos en breves líneas decir.

La obra de Mr. Valette ofrece tal importancia que merece más que una ligera nota un detenido estudio. Más adelante publicaremos un artículo extenso dedicado á *Les revolutions de l'Art* por uno de nuestros asiduos redactores.

C.